

**EDICIONES
BISTAGNE**

**JANET
GAYNOR**

Teresita

**CHARLES
FARRELL**

1pta



TERESITA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

TERESITA

Sentimental y conmovedor asunto que se desarrolla en una isla del
país de las tormentas

Dirección de
ALFRED SANTELL

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU, 155 - TELEF. 76307 - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES:

La pareja ideal

JANET GAYNOR

y

CHARLES FARRELL

Teresita

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Cielo y mar por todas partes. El barco, ligero y de reducidas dimensiones, pero bonito, todo igual que su dueña, Teresita, de la que llevaba el nombre, navegaba viento en popa, rompiendo la verde superficie con la quilla.

Se oía una canción marina. Eran los marineros que marcaban así el ritmo de su trabajo, mientras sus

fuertes y callosas manos tiraban de las cuerdas arrancando chirridos a las poleas de los mástiles.

La canción decía:

*"Un buen canto, un buen canto del mar
para izar, para izar, para izar...
Desde el piloto hasta el grumete
lo han de cantar, lo han de cantar...
Y hasta el mascarón de proa lo aprenderá
y en noches de borrasca lo cantará,
Un buen canto, un buen canto del mar
para izar, para izar, para izar."*

Entretanto, en el camarote del capitán, éste, que era el perfecto tipo del lobo de mar con su crespada barba y su cuerpo robusto, aunque viejo, estaba en manos de su barbero.

El barbero era un marinero de bello y delicado cuerpecillo. Bajo los recios pantalones y el jersey de tonos vivos se adivinaban suaves curvas que desconcertaban por su evidente feminidad. Pero bastaba mirar el cabello del marinerito para que el desconcierto desapareciera. Era una mujer, una muchacha, vestida de marinero. Quedaba, pues, perfectamente explicada aquella armonía y belleza de las curvas, así como se comprendían otros atractivos del rostro: la piel fina y blanca, como de seda y nieve, la suave garganta y, sobre todo, los hermosos y expresivos ojos, grandes y claros, llenos de alegría, de luz y de inocencia.

Era Teresita, la hija del capitán. Al perder a su madre y quedar el hogar destruido cuando ella era todavía una niña, fué preciso que el padre se ocupara de ella, con lo que tuvo que llevarla siempre consigo en los continuos viajes que su barco realizaba.

Poco a poco, Teresita fué aficionándose a las cosas del mar y pronto se convirtió en un útil marinero que si no se distinguía por la fuerza de sus frágiles manos y sus bellos y femeninos brazos, en cuanto a agilidad, no tenía rival en ninguno de los miembros de la tripulación.

Las manos hábiles de Teresita iban recortando la ya canosa barba.

El capitán empezaba a dar muestras de impaciencia.

—Sólo falta un poco en el lado Noroeste—dijo la joven.

—Basta ya, Teresita—suplicó el capitán.

—Un poco de paciencia, viejo gruñón. No es cosa de que entremos en el puerto con más carga de un lado que de otro.

Por fin dió Teresita por terminada su labor, dejó las tijeras a un lado y dió un paso atrás para contemplar a su padre.

—¡Ahora sí que está guapo mi lobo de mar!

Y en este momento se dió cuenta de que Peppy se había apoderado de las tijeras y estaba cortando las barbas a una careta que había en el camarote a modo de adorno.

Peppy era un mono travieso e inteligente al que Teresita profesaba gran cariño. Todos los marineros lo querían y mimaban, porque era la mascota del barco, pero Peppy prefería a Teresita a todos los demás.

—¡Dame esas tijeras, Peppy! —dijo la joven en tono imperativo.

El mono la miró de reojo y siguió cortando la barba de la careta.

—¡Dame las tijeras, Peppy! —repitió Teresita.

Y el cuadrumano, en vez de obedecer, dió un salto y ganó la puerta, llevando las tijeras consigo.

No era la primera vez que realizaba uno de estos actos de desobediencia. Teresita estaba acostumbrada a las travesuras de Peppy y más de una vez tenía que salir heroicamente al paso de ellas.

Ahora echó a correr detrás del mono, segura de que no había otro medio de recuperar las tijeras.

—¡En cuanto te coja te acordarás de mí, granuja!

El mono le hizo un gracioso guiño y saltó a una escotilla y de la escotilla a una cuerda por la que trepó con agilidad.

Teresita le siguió utilizando una escalera de cuerda.

Agil era el mono, pero Teresita no se quedaba muy atrás. Había que verla subir por los flexibles escalones con la misma facilidad que un consumado trapeceista y trepar a pulso por las cuerdas y subir y bajar por los mástiles y dar arriesgados saltos y seguir, en fin, la endiablada trayectoria del mono.

Pero por fin el mono, con sus facultades extraordinarias, se situó donde Teresita no podría alcanzarle en modo alguno. El más hábil acróbata se habría visto en la imposibilidad de llegar hasta donde estaba Peppy.

Entonces, Teresita comprendió que había que recurrir a la persuasión y descendió a cubierta.

Desde allí estuvo llamando al mono inútilmente.

El la miraba con su fea y burlesca carita y por nada del mundo soltaba las tijeras.

—¡Si no bajas, Peppy, te va a pesar!

Pero Peppy no entendía de amenazas.

Entonces Teresita recurrió a un procedimiento que en casos semejantes no le había fallado nunca.

Cerca de ella, un formidable ma-

rinero de brazos velludos y potentes bíceps tocaba la armónica.

Teresita se la quitó y comenzó a hacerla sonar con habilidad extraordinaria.

Primero fué una musiquilla dulce y cadenciosa que encantó a Peppy. Teresita seguía de reojo todos los movimientos del animal y cuando juzgó que había llegado el momento de dar a la música todo su poder de atracción, puso en su improvisado concierto toda la pasión de su alma.

Peppy, como fascinado y sin dejar de mirar a su amita, comenzó a bajar por una cuerda con prudente lentitud.

Entonces Teresita fué aumentando la celeridad de la música, y el mono, al mismo tiempo, fué apresurando su descenso.

Por fin los compases se convirtieron en un vértigo musical al que el mono amoldó sus movimientos, llegando en seguida al lado de la concertista.

Trepó a su hombro y le entregó las tijeras.

Teresita le dirigió una sonrisa de simpatía y amistad.

—Eres un ladrón muy desobediente, Peppy—le reprochó con un tono que no tenía nada de reproche.

Y devolvió la armónica al marinero.

II

Ya se dirigía al camarote para reunirse de nuevo con su padre, cuando se detuvo con una mezcla de extrañeza e inquietud. El marinero de los brazos velludos la miraba de un modo cuya

causa no podía ponerse en duda.

El marinero no miraba al compañero sino a la mujer, a aquella encantadora mujercita cuyas líneas delicadas se insinuaban bajo la tosca indumentaria del navegante.

Dió un paso atrás, pero era ya demasiado tarde. El marinero la atrapó y la abrazó sin que ella, con sus desesperados movimientos defensivos, pudiera evitarlo.

—¡Canalla! ¡Bandido! ¡Te he de romper las narices! — gritaba Teresita mientras hacía funcionar los puños y las uñas.

Pero el forzado marinero se reía de aquellas amenazas.

Teresita era como un muñeco entre sus fuertes brazos.

Y en esta lucha se hallaban cuando apareció el capitán, atraído por las voces de su hija.

Al ver a Teresita a merced de aquel bárbaro, el capitán se sintió joven por un momento. Cogió al marinero por un hombro y le hizo rodar por el suelo de un fuerte puñetazo.

Pero el marinero se levantó en

seguida. En sus ojos había un fulgor de amenaza. Era más alto, más robusto y mucho más joven que el capitán. Evidentemente, el padre de Teresita estaba en un plano de inferioridad respecto de él.

Ya se disponía a golpear al capitán.

Teresita ahogó un grito de horror y miró a un lado y a otro como si buscara el modo de defender a su padre.

Y lo halló. Su vista tropezó con un hierro bastante grueso y del tamaño de un bastón. Bien utilizada y manejada era un arma terrible. Comprendiéndolo así, Teresita se apoderó del hierro y golpeó con él la cabeza del marinero cuando éste estaba a punto de caer sobre su padre.

El marinero se desplomó. Entretanto habían acudido otros marineros.

—Bien, Teresita — dijo el capitán.

Y ordenó a sus hombres:

—Llévadlo al calabozo.

* * *

El capitán estaba muy preocupado.

—¿Qué te pasa, capitán? — le preguntó Teresita.

El padre contestó como si hablara consigo mismo:

—Que habré de dejar el mar.

—¿Dejar el mar? ¡Qué disparate!

—Sí, Teresita, sí. Ya no eres una niña. Y una mujer no puede ir a bordo.

—Pero, capitán: ¿es que se puede vivir en tierra?

—¡Vaya si se puede! ¡Por desgracia!

—Pero la tierra no se ha hecho para nosotros, capitán.

—Acaso tengas razón, hija mía, pero no hay más remedio.

Teresita enmudeció. La tristeza del padre se había contagiado a la hija. Los dos amaban el mar igualmente. A los dos les costaría mucho

habituarse a la vida sobre un suelo que no se balanceara y en una atmósfera que no estuviera saturada del yodo marino.

Sin embargo, como decía el padre, eso tenía que suceder y sucedió.

El barco entró en el puerto de Pedregal y allí se quedó para siempre.

Pedregal era una aldea de pescadores en el País de las Tormentas, llamado así con justicia, pues los temporales eran allí tremendos y frecuentes.

Un bello puerto natural y, cerca de él, las casitas humildes de los pescadores. Una colina. El campo alfombrado de verde. El mar azul. Todas las bellezas naturales se reunían allí, en aquel rincón un poco aislado del mundo y al que no llegaban los rumores de las grandes ciudades.

Allí había decidido el capitán quedarse a vivir y allí edificó una vivienda, modesta como las demás, pero en la que hallarían el consuelo de tener el mar siempre cerca y de respirar sus emanaciones.

III

Teresita había abierto la maleta e iba entregando objetos al mono, al mismo tiempo que le decía dónde debía colocarlos.

—Esto sobre la chimenea, Peppy.

Y Peppy lo llevaba adonde le señalaba el índice de su amita, y lo depositaba cuidadosamente.

—¡Toma, Peppy!

Y Peppy acudía prestamente al lado de Teresita para tomar lo que ella le entregaba.

Y así fué distribuyendo por la habitación todo el contenido de la maleta.

Entró entonces el capitán.

—El camarote está listo, capitán

—dijo Teresita alegremente, con una alegría que no era muy sincera, pero que se había propuesto demostrar en todo momento para aliviar la tristeza de su padre, el viejo lobo de mar.

El capitán miró a su alrededor con pesadumbre.

—¿Te gusta?—le preguntó Teresita.

—¿Cómo no ha de gustarme si está arreglado por ti?

—En esa litera dormirás muy bien — dijo la joven señalando la cama.

Pero el capitán, por mucho empeño que puso, no pudo ver una li-

tera en la cama corriente que su hija le señalaba.

—¡Y huele a brea, capitán! — exclamó la joven señalando a la ventana por donde penetraban las emanaciones marinas.

Pero el viejo marinero estaba sintiendo bajo los pies la inmovilidad del suelo y esto era lo que más le preocupaba.

—¡Lástima que no se balancee un poco!— exclamó con nostalgia.

Teresita, que lo tenía todo bien estudiado y preparado, le ofreció una mecedora.

—Siéntate aquí—le dijo.

Y cuando el capitán se sentó ella comenzó a mecerle.

—Se mueve, sí — dijo el capi-

tán—, pero el movimiento del mar es muy distinto.

—¡Claro que es otra cosa! — repuso Teresita que comenzaba a sentirse impotente para ocultar su tristeza.

Y añadió volviendo a encontrar la energía necesaria para disimular su verdadero estado de ánimo:

—En este viaje no corremos peligro. Tenemos un buen barco y una ruta segura.

—Claro, claro...

Y añadió después de una pausa:

—Pero ¿qué demonio se puede hacer en tierra?

Teresita volvió a sentirse dominada por su desaliento y contestó:

—Eso mismo me estaba yo preguntando, capitán.

* * *

En lo alto de la colina que dominaba la ensenada del Pedregal había una soberbia finca propiedad de los Garfield.

El señor Garfield era propietario de casi todo el territorio de Pedre-

gal y ejercía sobre sus vecinos una verdadera tiranía. La casa en que vivía valía más que todas las demás casas del pueblo juntas.

Al mismo tiempo que por sus ri-

quezas, había logrado hacerse famoso por su mal genio.

Llegó el señor Garfield en su automóvil, con su esposa e hija. Desde antes de que el auto se detuviera ante la casa, comenzó a hacer sonar la bocina. Y las llamadas eran cada vez más fuertes y apremiantes.

Por fin apareció en la puerta el mayordomo.

Saludó reverentemente a su amo, pero éste, en vez de contestar al saludo, exclamó:

—¡Siempre llegas tarde!

La madre y la hija de Garfield se miraron con inquietud. Se adelantaron a entrar y la madre dijo:

—Tu padre está hoy de mal humor.

—Ya se ve—repuso la hija.

—No le contradigas en nada. Habría que oírle.

—¡Dios me libre de hacer semejante cosa!

Y la señorita Garfield huyó escaleras arriba.

Entró entonces el dueño de la casa. Evidentemente iba buscando un motivo para seguir gritando. Por eso pasó un dedo por un mueble y al notar que había en él un poco de polvo, exclamó:

—¡Polvo por todas partes! ¿Es que en esta casa no se limpia?

—La limpieza se realiza con todo cuidado, señor—repuso atemorizado el mayordomo.

—¡Pues no se nota!

Siguió avanzando hacia las habitaciones de la parte trasera.

Al pasar junto a la puerta de la cocina, vió un bidón de bebida en el suelo.

Sus ojos relampaguearon.

—¿Qué hace esto aquí?

—Lo compró la señora—se disculpó el criado.

—¡Pues tíralo inmediatamente!

—Pero ¡si es para la fiesta que vamos a dar! — explicó la señora de Garfield.

—¡No quiero licores en mi casa!—replicó secamente el marido.

Y abrió la puerta de la terraza para que el mayordomo arrojara el bidón por las rocas.

Pero entonces le llamó la atención aquella nueva casita que desde hacía unos días se alzaba al pie de la colina.

—¿De quién es aquella casa?—preguntó.

El mayordomo miró hacia donde el señor Garfield señalaba y repuso:

—De la nueva familia, señor.
 —¿Qué nueva familia?
 —Los dueños del "Teresita".
 —No sé de quién me hablas, pero tendrán que irse. Ese terreno es mío.
 —No te busques conflictos con los pescadores — le recomendó la esposa.
 —Son ellos quienes los buscan.
 Y añadió con un gesto de amenaza:
 —¡Pronto se arrepentirán de su atrevimiento!
 El criado iba a arrojar el licor a las rocas de la colina sobre las que

avanzaba, a una altura considerable, la terraza.

Pero la señora de Garfield, aprovechando la circunstancia de que su marido estaba absorto en la contemplación de la blanca casita, acaso pensando en el modo de castigar a sus osados constructores, dijo al criado en voz baja:

—No lo tires. Llévalo al cuarto de Federico, vacíalo en botellas y echa la lata vacía.

—Perfectamente, señora — repuso el criado en el mismo tono.

Y el señor Garfield repitió:

—Pronto se arrepentirán de haber levantado una casa en mis terrenos.

IV

La mesa estaba puesta en la nueva casita.

—A comer, capitán—dijo Teresita alegremente.

—Sí, hija, sí.

Y añadió también en tono jovial:

—¿Sabes que ya me va gustando este barco?

—¡Ya lo sabía yo! — exclamó Teresita triunfalmente.

Y ya se iban a sentar a la mesa, cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! — gritó el capitán.

Y entró Garfield seguido de varios hombres.

—Soy Garfield — dijo en tono despótico.

Teresita, que había oído nombrar aquel apellido ilustre en toda la comarca, se puso muy contenta.

¡Buenas amistades empezaban a hacer!

—Gracias por la visita — exclamó.

Y añadió presentando a su padre:

—Este es mi papá... Siéntense.

—No vengo de visita — repuso Garfield secamente — ni me gusta perder el tiempo. Han edificado en mis terrenos y se tendrán que marchar.

El capitán le miró estupefacto.

—¿En sus terrenos?

—Sí.

—Debe de estar usted en un error. El terreno es mío porque lo compré. Tengo la escritura. ¿Quiere verla?

—No hace falta. Si tiene usted

la escritura es que le han engañado.

—Pero usted no puede echarnos de nuestra casa.

—La casa será de ustedes, pero el terreno no. De modo que pueden llevarse la casa adonde quieran y dejarme el terreno.

—¡No nos moveremos de aquí! —dijo el capitán perdiendo la paciencia.

Pero Garfield le mostró un papel con un gesto siniestro.

—Si usted sabe leer se dará cuenta en seguida de que esto es una orden de desahucio.

El capitán se quedó perplejo y confundido. En efecto, aquel hombre contaba con la colaboración de las autoridades. ¿Cómo oponer resistencia?

Pero Teresita no parecía dispuesta a resignarse.

—¡Es usted un miserable! — exclamó escupiendo las palabras en el rostro de Garfield—. Porque es rico abusa de los pobres.

Garfield le volvió la espalda y ordenó a sus hombres:

—Manos a la obra.

Ellos cogieron algunos muebles para sacarlos a la calle.

Teresita volvió a rebelarse con-

tra el bárbaro proceder del richón.

—¡No toquen nada! ¡Eso es nuestro!

Pero Garfield dijo sin hacerle caso:

—Sáquenlo todo.

Y fué preciso doblegarse a la voluntad de aquel hombre despiadado que contaba con todos los resortes del poder y de la fuerza.

Habían empezado a amontonar los muebles a la puerta de la casa.

La gente se iba agrupando alrededor de aquel montón que era un signo de tragedia presenciada otras veces en el pueblo.

Peppy, como si comprendiera que algo grave estaba sucediendo a su amita, había saltado a su cuello y la abrazaba.

Tanto Teresita como su padre, seguían el doloroso espectáculo con ojos en que la ira y la desolación se mezclaban.

Y seguía acudiendo la gente.

Unos se comunicaban a otros la triste nueva.

—Echan al capitán de su casa.

Y se formaba un grupo que se

dirigía a engrosar el ya formado a la puerta de la casita.

Pero uno de los de este grupo había anunciado a otras personas lo que ocurría y todos se mostraban interesados por la suerte del capitán.

Evidentemente, Teresita y su padre habían conseguido captarse las simpatías de todo el pueblo en el poco tiempo que llevaban en él.

Uno de los hombres de Garfield empujó al gentío.

—¡Fuera de estos terrenos! Pertenecen al señor Garfield.

Todos obedecían, acobardados, pero ni uno sólo dejaba de dedicar un pensamiento de odio al tirano.

Un joven se acercó al capitán y a su hija.

—Con Garfield no se puede, pero yo les ayudaré.

—Gracias—repuso el capitán.

—Sé muy bien quién es ese hombre. También he tenido que vérmelas con él. Una vez quiso intimidarme, pero al fin cambió de pensamiento y me dejó en paz.

Y había en su voz algo así como un tonillo de secreta amenaza contra el tirano.

—Vengan conmigo —añadió—. No es cosa de que se queden en la calle.

Teresita cogió el envoltorio de ropas, única cosa que había podido salvar, y siguió al joven acompañada de su padre.

Llegaron a casa de Ben, que así se llamaba el generoso y hospitala-

rio joven. Este dijo a sus acompañantes:

—Pueden quedarse aquí hasta que encuentren dónde instalarse.

—Gracias, amigo mío —dijo el capitán emocionado.

Teresita había depositado el envoltorio de ropa sobre la mesa. Advirtió la falta de algo que no quería perder y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va usted? —le preguntó Ben.

—A recoger una cosa.

Salieron a la puerta. Los ojos del joven se nublaron.

—No puede usted volver. Mire.

Y cuando Teresita miró hacia su casa, la vió convertida en una inmensa hoguera.

Así había consumado Garfield su obra.

V

Había pasado algún tiempo.

Con los restos de sus ahorros, el capitán pudo hacerse construir otro albergue mucho más humilde que el primero.

Teresita acababa de acostar al mono en su camita.

Lo tapó bien y le dijo: ,

—Duerme, Peppy.

El mono la miró de reojo y cuando Teresita hubo salido de la habitación, se destapó, bajó de la cama de un salto y echó a correr detrás de su amita hasta alcanzarla.

Ella le reprendió como si se tratara de un niño.

—¡Ya sabes que no me gusta que seas desobediente! ¡Vaya! ¡A dormir!

Y lo volvió a llevar a su camita.

Entonces permaneció a su lado,

acariciándole y golpeándole suavemente la espalda hasta que se quedó dormido.

Al salir de la habitación, el capitán abrió la puerta de la calle.

Era Ben el que había llamado.

—¿Vamos, capitán? — preguntó.

—Vamos.

Y el padre de Teresita se dirigió a su habitación, se sentó en el borde de la cama y comenzó a ponerse las botas de pesca.

—Quiero ir a pescar contigo, capitán—dijo la joven.

—No me parece conveniente, Teresita.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres ya un ama de casa y tienes otros quehaceres. Cuídate de tu casita.

T E R E S I T A

—No creo que sea ése el motivo.

—Te aseguro...

Le interrumpió una carcajada de Teresita.

—¿De qué te ríes?—preguntó el padre.

—Me río porque no sabes mentir.

El capitán tuvo un gesto de cómico enfado.

—¿Te parece bonito decirle mentiroso a tu padre? Eso merece un castigo.

Y le dió un azote.

—Cada cual a su trabajo, hija mía.

Ya iba a marcharse, pero Teresita le detuvo.

—Capitán, quiero saber por qué te empeñas en dejarme en casa.

—Mañana te lo diré — contestó el capitán evasivamente.

Y se marchó.

Cerca de la puerta le esperaba Ben y los dos juntos se dirigieron a la costa por los abruptos caminos rocosos.

Cuando el joven comprobó que estaban solos y nadie podía oírles, confesó al capitán:

—Voy a revelarle un secreto. Hoy vamos a pescar con red.

—¿Está prohibido, verdad?

—Sí. Para poder desplegar las redes hay que salir de la jurisdicción de esta isla.

—Lo que representa una molestia enorme.

—Todas las ganancias se las comería el viaje.

—Eso nos vamos a ahorrar nosotros.

—Sí, burlaremos la ley. Eso sólo yo me atrevo a hacerlo en toda la comarca.

—¿Por eso me dijo que no dejara venir a Teresita?

—Por eso.

—Pues no sabe usted el disgusto que le he dado.

—Me lo figuro. Teresita es muy aficionada al mar.

—Un excelente marinero—alabó el padre con tono de admiración.

Callaron hasta llegar a la barca que estaba atracada a las rocas.

Como era relativamente pequeña y tenía un buen motor, les fué fácil alejarse mar adentro.

Sólo cuando habían perdido de vista la costa empezaron a tender las redes.

El capitán gozaba con este trabajo que le recordaba sus mejores

tiempos de lobo de mar. Se sentía optimista.

—Creo que vamos a tener buena pesca.

—Eso es menester.

Se detuvo de pronto con la red en la mano. Tanto el joven como el capitán miraban con asombro a un gran bulto que había en la pequeña cubierta, junto a la borda.

El bulto estaba cubierto con una lona y se movía.

¿Se movía realmente? ¿No sería una ilusión visual?

Esto se estaba preguntando el capitán cuando la lona se descubrió y apareció Teresita.

—¡Hola, capitán!—exclamó alegremente.

El capitán movió la cabeza en son de reproche, pero satisfecho en el fondo de que Teresita hubiera cometido aquella travesura que le permitía estar al lado de ella sin faltar a la promesa hecha a Ben.

—Debía darte cuatro azotes—declaró el capitán.

—Pero no me los das porque, en el fondo, te alegras de verme.

—Te hablo en serio, Teresita. Has hecho muy mal en venir.

—¿Por qué?

—Porque vamos a pescar con redes.

—Mejor. Yo os ayudaré.

—Es que está prohibido.

—Si está prohibido para mí también lo estará para vosotros. Y si vosotros pescáis a pesar de estar prohibido, también puedo pescar yo.

—No bromees, Teresita. Ya sabes lo que quiero decir.

—Que estamos en peligro y que yo estaría mejor en casita.

—Naturalmente. Suponte que pasara algo.

—Sería una lástima.

Pero mientras decía esto, siguiendo la corriente a su padre, había empezado a ayudar a los pescadores y, por cierto, eficazmente.

VI

Teresita estaba entusiasmada. Iba de un lado a otro de la barca con la emoción de volver a sentarse en un suelo que se balanceaba.

—¡Debíamos habernos quedado con nuestro barco!—exclamó.

Y contemplaba el mar como queriendo sorber toda su inmensidad con los ojos.

Las gozosas exclamaciones de Teresita fueron interrumpidas por el ruido lejano de un motor.

El capitán y Ben se miraron.

—Tal vez sea la canoa del guardacostas—dijo aquél sin disimular su inquietud.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Cortaré el cabo de la red por si acaso.

Y así lo hizo.

Sin embargo, aquel ruido no quería decir que el guardacostas se acercara.

Los que se acercaban eran cuatro deportistas en dos veloces canoas, que habían salido a dar un paseo y a entrenarse para futuras carreras.

Uno de los *sportmen* era Federico, el hijo de Garfield, un muchacho alto y simpático, de cabello rizado y perpetua sonrisa.

Acompañaba a éste Daniel, el novio de su hermana, y los dos iban charlando alegremente, seguidos de cerca por la otra canoa.

Al cortar Ben el cabo de la red, ésta había quedado flotando sobre sus corchos.

Las canoas se acercaban velozmente. Ben había exclamado:

—¡Ponga en marcha el motor, capitán! Hemos de huir sin pérdida de tiempo.

Pero antes de que el capitán pudiera ejecutar la orden, la canoa que conducía Daniel, la cual iba delante, llegó hasta donde estaba la red y tropezó con ella. La canoa volcó y sus dos tripulantes desaparecieron debajo del agua.

La otra canoa tuvo tiempo de detenerse junto al lugar donde había ocurrido la desgracia.

Daniel reapareció a los pocos momentos y se dirigió a la canoa que tripulaban sus amigos, los cuales le ayudaron a subir entre carcajadas de burlas.

—¡Vaya un piloto! ¡Ni un bote de remos eres tú capaz de conducir!

Pero Daniel miraba a un lado y a otro con ojos en los que se reflejaba una creciente inquietud.

—¿Dónde está Federico?

Entonces parecieron darse cuenta sus compañeros del peligro que Garfield corría.

—¡Debe de haberse quedado enredado en la red!

Pero ninguno de ellos, en su azoramiento, acertaba a tomar una determinación.

Teresita lo había visto todo desde la borda de la barca de pesca.

Comprendió que el joven que había desaparecido debajo del agua se hallaba en evidente peligro, por haberse enredado en la red y, sin perder el tiempo en comentarios, fué por un cuchillo, se lo puso en la boca y se arrojó al agua.

El capitán la seguía con ojos de admiración y en los de Ben había una expresión de asombro.

Nadando y buceando como un pez, Teresita llegó hasta donde el joven se encontraba en situación verdaderamente comprometida. Estaba tan enredado en las gruesas mallas, que Teresita comprendió inmediatamente que todo intento de desenredarlo sería inútil.

Por pronto que lograra desprenderlo de la red, se habrían ahogado los dos.

Entonces empuñó con un gesto lleno de decisión el cuchillo e hizo dos grandes cortes en la red, con lo que el cuerpo de Federico quedó flotando.

Consiguió sacarlo a flote y llevarlo hasta la canoa de sus amigos.

—Gracias, señorita — dijo Daniel sin salir de su asombro.

E inmediatamente procedieron a

hacer al náufrago la respiración artificial.

Teresita volvió a la barca mientras la canoa se alejaba.

El capitán exclamó cuando la nadadora saltó a cubierta, chorreando agua por todas partes:

—Aun nada como un pez, Teresita.

—El agua es mi verdadero elemento, capitán. Ya lo sabes.

Y preguntó:

—¿Hay un poco de agua dulce para lavarme?

Le dieron un barril y Teresita comenzó inmediatamente las abluciones.

VII

Las redes estaban colgadas en casa del capitán para que se secaran.

Se veían los dos grandes cortes practicados por el cuchillo de Teresita.

—¡Buen viaje hemos hecho! — exclamó irónicamente el capitán—. No hemos pescado nada y las redes están hechas una lástima.

—Por eso no te apures, capitán. Yo las remendaré.

—Y tus ropas hechas una sopa. Voy a ponerlas a secar.

Las cogió el capitán y salió de la casa.

Teresita se quedó en la cocina, preparando la cena.

Apenas había salido el capitán, un joven se acercó a la casa más próxima, preguntando por una muchacha de las señas personales de Teresita.

Era Federico Garfield.

Los vecinos le indicaron la casa del capitán y hacia ella se dirigió Federico.

Llamó.

—Adelante—repuso la confiada Teresita, sin ni siquiera preocuparse de volverse a ver quién entraba en su casa.

La puerta cedió. Federico se acercó paso a paso a la cocina.

—Buenas tardes.

Teresita se volvió. En seguida reconoció al joven que había salvado de una muerte segura.

La impresión que le causó fué excelente. Aquel porte distinguido, aquella figura arrogante, aquel rostro simpático...

Pero todavía fué mucho más profunda la impresión que Teresita produjo al visitante. Aquel cuerpecillo de muñeca, aquella expresión inocente del rostro, aquellos ojos amplios, serenos y magníficos...

—Soy el hombre al que usted salvó la vida—declaró Federico.

—Ya lo sé—repuso brevemente Teresita y disimulando bajo un tono de naturalidad la agradable impresión que el joven le había producido.

—He venido a darle las gracias.

—Nada tiene que agradecerme

—repuso rápidamente Teresita—. Lo que he hecho por usted lo habría hecho por cualquiera que se hallara en situación parecida. He cumplido con un deber de humanidad. Eso es todo.

El la miraba con admiración.

—Sé cómo se llama usted—dijo.

—No es usted el único que sabe mi nombre.

—Se llama Teresita.

—Ni más ni menos.

—Ahora va usted a saber mi nombre. ¿O acaso lo sabe también ya?

—No, señor. No tengo el gusto.

—Pues me llamo Federico Garfield.

Al oír este nombre el rostro de Teresita cambió de expresión.

En aquellos ojos llenos habitualmente de dulzura, relampaguearon las llamas del odio y de la indignación.

—¿Usted? ¿Usted es un Garfield?

—Sí, señorita. ¿Acaso es algo malo?

—¿Y usted me lo pregunta? ¿Y usted tiene la desfachatez de venir a mi casa?

—Pero...

—¡Largo de aquí! ¡Pronto!

Y como Federico tardara en obedecerla, cogió una patata y se la arrojó, al mismo tiempo que él se volvía y echaba a correr.

El certero disparo había alcanzado en la espalda al visitante.

Teresita reanudó sus tareas culinarias.

Federico se había detenido ante la casa.

—¿Qué demonios puedo haber hecho a esta muchacha para que me reciba así?—se preguntó.

Y decidido a no marcharse sin averiguarlo, dió una vuelta a la casa y entró por la puerta trasera.

Paso a paso y cautelosamente, llegó hasta la puerta de la cocina.

—¡Hola!—dijo con cierta prevención al comprobar que Teresita tenía un cuchillo en la mano.

La joven se volvió rápidamente.

—¿Otra vez aquí? ¡Haga el favor de marcharse!

—Le prometo marcharme, pero escuche un momento. Usted, sin duda, sufre un error.

Y al decir esto no quitaba ojo al cuchillo que Teresita empuñaba.

—¿Por qué no se va a su casa?

—le preguntó la joven, dirigiéndole una mirada amenazadora.

—Porque estoy mejor aquí—repuso Federico, sonriendo, pero dando un paso atrás, al ver que Teresita empezaba a avanzar hacia él *sin soltar el cuchillo*.

Y como Teresita seguía avanzando, siguió Federico retrocediendo.

Así llegaron a la puerta que daba al exterior y la cruzaron.

—Pero ¿qué le he hecho yo para que me trate tan duramente?

—Eso no importa. El caso es que le detesto a usted, detesto a su padre y detesto a toda su familia.

—Por lo visto, usted el odio lo da al por mayor.

—Sólo los Garfield me inspiran odio.

—Muchas gracias.

Y aprovechando un segundo de distracción de Teresita, se abalanzó sobre ella, la cogió por la muñeca fuertemente y le hizo arrojar el cuchillo.

Ella se defendió bravamente y, en la lucha, los dos rodaron por el suelo.

VIII

La posición en que quedaron fué francamente ventajosa para Federico.

Teresita estaba boca arriba y él al lado de ella, medio arrodillado, medio echado, y sujetándole las muñecas contra el suelo.

—¡Haga el favor de soltarme!—exigió Teresita.

Pero Federico sonrió.

—Eso no lo logrará usted si no acepta mis condiciones.

—¿Sus condiciones?

—Sí.

—¿Cuáles son?

—Decirme por qué me odia y por qué odia a toda la familia Garfield.

—Pues eso no ha de saberlo por mí.

—¿No?

—No.

—Entonces lo siento mucho, pero no puedo soltarla.

Teresita intentó desasirse por la fuerza de las tenazas de aquellas manos, pero en seguida se convenció de que no lo lograría. Federico Garfield era un hombre extraordinariamente fuerte.

—¡Suélteme usted!—exigió furiosa.

—Ya sabe usted las condiciones.

—¡No quiero saber nada! ¡Le ordeno que me suelte!

—Y yo, que soy muy desobediente, no le hago caso.

—¡Usted me soltará!

—Yo no la soltaré.

—¡Que sí!

—Que no.

Y a causa de sus propios esfuerzos se hizo daño ella misma.

—¡Me está usted lastimando!—protestó.

—Lo siento mucho. Usted tiene la culpa.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¡Es el colmo!

Hubo una pausa.

Poco a poco, Federico había ido encontrando una postura cómoda.

Estaba sentado sobre un brazo de Teresita. El otro lo sujetaba con una de sus manos.

Teresita se sentía realmente molesta. No era precisamente el peso del cuerpo de un niño lo que tenía que soportar.

Pero no era menos verdad que, por mucho que se empeñaba, no podía sentir hacia aquel joven el odio que merecía por ser hijo de quien era.

El odio, lo mismo que el amor, son movimientos del alma, ajenos a nuestra voluntad y, a lo mejor, a la persona que deseamos odiar, la amamos.

—¿Está usted cómodo, verdad?

—preguntó al fin Teresita.

—Realmente, no puedo quejarme.

—Pues yo sí.

—En su mano está que esta molestia termine. Dígame por qué me odia.

—No se lo diré.

—Entonces la acompaño en el sentimiento. Va a estar usted así toda la vida.

—Pero ¿para qué quiere saberlo?

—Me interesa mucho. Es la primera vez que me tropiezo con una mujer que me detesta.

—¿Se las da usted de Don Juan?

—He dicho mal. Ni entre las mujeres, ni entre los hombres tengo enemistades.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una explicación.

—¿Quiere saberlo?

—No deseo otra cosa.

—Pues bien, óigame usted: a nadie puede ser simpático el hijo de una persona tan cruel como su padre.

—¿Entonces, ese es el motivo de su odio contra mí?

Teresita comprendió que había revelado, al fin, lo que deseaba callar. Y ya no tuvo por qué seguir disimulando.

—Sí—repuso francamente.

—¿Qué le ha hecho mi padre?

—Lo va usted a saber. Primero nos echó de una casa que era nuestra, porque mi padre la había comprado con su dinero. Y, no contento con eso, la mandó incendiar.

El semblante de Federico se ensombreció.

—¿Eso ha hecho mi padre?

—Eso.

Él apartó la vista de aquellos grandes e inocentes ojos que le mi-

raban fijamente, como si quisieran leer en el fondo de su alma.

Y en este momento sintió Federico un golpe en la espalda.

Se volvió y vió a su padre.

Se levantó sorprendido, al mismo tiempo que Teresita se ponía en pie de un salto y echaba a correr hacia la casa.

Allí estaba ya el capitán que había regresado de tender la ropa, entrando por la puerta trasera.

IX

Garfield, como casi siempre, iba acompañado por un cortejo de hombres mal encarados.

—¿Qué haces aquí?—preguntó a su hijo ásperamente.

Federico contestó:

—Esa es la joven que me salvó la vida.

—Pues que no te vuelva a ver con esta clase de gente. ¡Sabe Dios de dónde habrán salido!

—Creo que no eres justo con ellos, papá.

—Lo que has de hacer es no olvidar lo que acabo de decirte.

Y ordenó a uno de los hombres que le acompañaban:

—Vaya a buscar las redes.

Este entró en la casa seguido de todos los demás. En seguida descubrieron las redes, puestas a secar por el capitán, el cual, acompañado de su hija, presenciaba aquella nueva intrusión en una actitud de protesta muy explicable.

Cuando llegó el señor Garfield y un hombre le mostró las redes, exclamó dominado por una malsana alegría:

—¿No lo dije?

Y después añadió, dirigiéndose al capitán:

—La próxima vez que cometa usted un acto delictivo le enviaré a la cárcel.

—Eso es lo que usted dice—repuso el capitán, perdiendo la paciencia—. Ahora me toca hablar a mí.

—No me importa lo que usted pueda decirme.

—Pues a mí sí que me importa decírselo. Sepa usted que como vuelva a meterse en mis asuntos, será la última vez que lo haga ni conmigo ni con nadie.

Garfield hizo un gesto de desprecio y salió de la casa seguido de sus hombres, los cuales se habían apoderado de las redes.

Se encontró de nuevo con su hijo, que continuaba a la puerta de la casa, tal vez esperándole.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Quería hacerte una pregunta, papá—repuso el joven.

—Di lo que sea, pero pronto. Tengo prisa.

—¿Por qué les quemaste la casa?

Garfield frunció el ceño.

—¿De cuando acá he de darte explicaciones de lo que haga?

Y dando media vuelta, dejó a su hijo plantado.

Federico se dirigió a la casa.

* * *

—¿Puedo ayudarles en algo? — preguntó, acercándose al capitán.

—No, gracias—repuso Teresita, tristemente.

Y cuando Federico se hubo marchado, salió de la casa con el propósito de respirar un poco el aire fresco del mar, que buena falta le hacía después de todo lo ocurrido.

Peppy, que aunque parecía dormir había presenciado las escenas anteriores y que ahora había visto salir a su amita de la casa, saltó de la cama y echó a correr tras ella.

Se encaramó a su hombro como de costumbre, y los dos juntos se alejaron hacia las rocas.

Se sentó en una de ellas y mientras Peppy, con su agilidad extraordinaria correteaba por los alrededores, los grandes ojos de Teresita, con expresión pensativa, miraban a la inmensidad de la azul superficie.

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—¿Qué hace aquí tan sola, Teresita?

Se volvió rápidamente, con cierto sobresalto. Era Ben.

—Pues ya lo ve usted. Contemplando el mar.

Él se sentó en la roca, cerca de ella.

—Creo que hacía usted algo más que contemplar el mar, Teresita.

—¿Qué otra cosa estaba haciendo?

—Pensando.

—Eso lo hacemos en todo momento.

—Pero usted pensaba en algo que le interesa extraordinariamente. ¿Puede saberse cuál es el motivo de su preocupación?

—¿Qué pueden importarle a usted mis preocupaciones?

—Me interesan mucho más de lo

T E R E S I T A

que usted se figura. Todo lo de usted me interesa igualmente.

La entonación que había dado a estas palabras fué para Teresita como un presagio de lo que iba a suceder.

Calló y esperó.

En efecto, Ben dijo en seguida:

—Es usted la mujer más bella del mundo, Teresita.

Ella hizo un esfuerzo para acoger la declaración con amabilidad.

—¿Comprende usted ahora — continuó Ben — por qué he dicho que todo lo de usted me interesa?

—Es usted muy amable, Ben—repuso Teresita, sin lograr despojarse de su frialdad.

Él insistió jactanciosamente:

—Cualquiera de las jóvenes del pueblo se sentiría orgullosa de que yo la cortejara.

—Pues yo no quiero que me cortejen.

Sin embargo, Ben no desistía de su propósito.

—He de decirle algo muy importante, Teresita.

Ella no contestó. Se limitó a esperar.

—He de decirle—explicó Ben—que estoy dispuesto a casarme con

usted si usted me acepta como marido.

—Lo siento mucho, Ben, pero no quiero casarme con usted ni con nadie.

Había hablado con una mezcla de cortesía y de firmeza, que daba a sus palabras un carácter definitivo.

Ben disimuló su contrariedad. Se sentía herido en lo más vivo de su amor propio. Por primera vez una mujer no se rendía a sus galanteos.

Teresita sintió que Ben iba acercándose a ella y, comprendiendo instintivamente que allí no estaba muy segura, se levantó.

—Es hora de retirarse—dijo.

Pero Ben repuso:

—Para mí, no.

—Entonces adiós.

Ya iba a marcharse, seguida de Peppy, cuando sintió que unos brazos rodeaban su cuerpo ávidamente.

Se vió perdida, pero no por eso perdió el valor ni la serenidad.

Se volvió, aprestándose a defenderse.

Pero ¿qué podrían hacer sus brazos contra los robustos de Ben,

uno de los hombres más fuertes de la comarca?

Con uñas, pies y manos se defendió. El rostro de Ben recibió una lluvia de golpes. Pero, al fin, se impuso el más fuerte y Teresita cayó de espaldas sobre una roca, sin lograr desprenderse, ni mucho menos, de los brazos enemigos.

Peppy corría y saltaba desesperadamente de un lado a otro, al ver el peligro en que se hallaba su amita. El monstruo había caído sobre ella y ya le iba a manchar los puros labios con un beso de lascivia.

Entonces Peppy tuvo uno de

aquellos rasgos en que apuntaba la inteligencia humana. Cogió una gruesa piedra con ambas manos, subió con ella a una roca, desde donde podía alcanzar sin dificultad la cabeza de Ben, y le arrojó el pesado proyectil, haciendo blanco.

Ben rodó como un fardo. Entonces el mono saltó sobre el vientre del caído y bailó sobre él una danza triunfal.

Después volvió a encaramarse al hombro de su amita y se marchó con ella, sin cesar de hacer gestos de satisfacción y alegría por el éxito de su intervención en la peligrosa escena.

X

En el club estaban dando una fiesta los jóvenes distinguidos de la comarca. Daniel y la hermana de Federico habían buscado en el jar-

dín un refugio que les sirviera de nido para sus expresiones de amor, tantas veces repetidas.

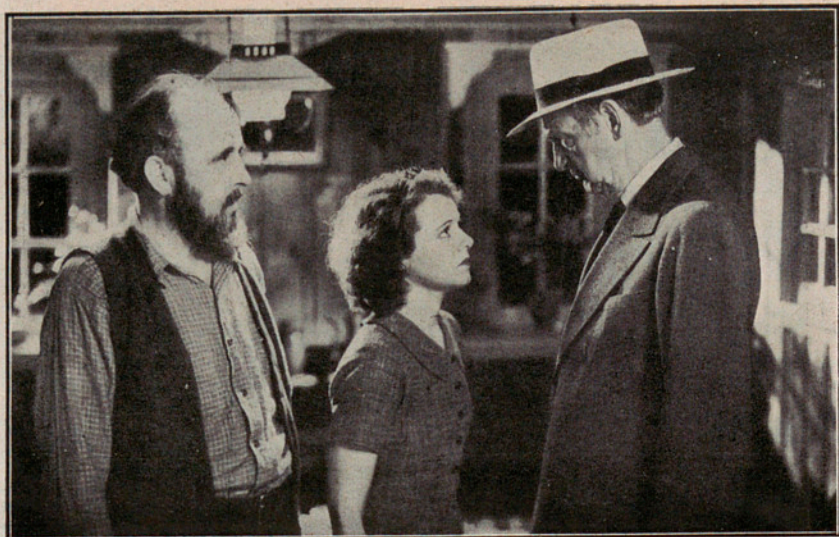
En la voz de la señorita Garfield



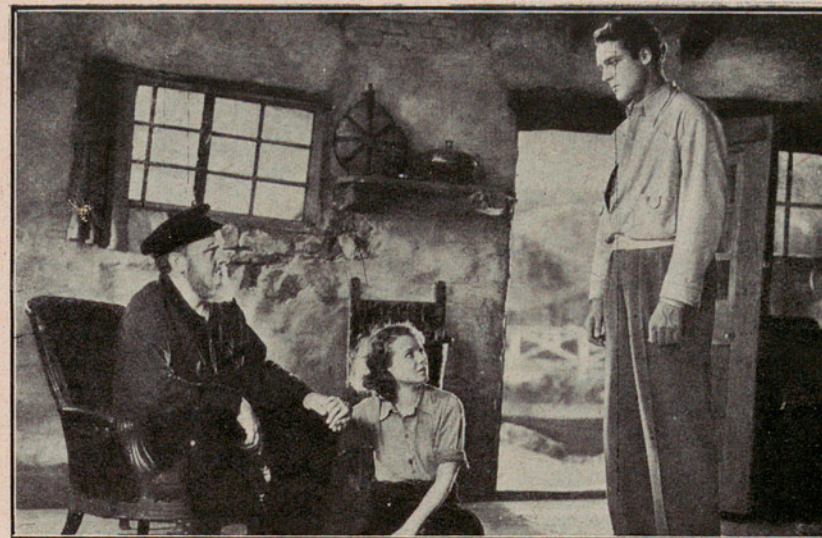
—Sólo falta un poco en el lado Noroeste.



Ya se disponía a golpear al capitán.



—¡Es usted un miserable!



Federico se dirigió a la casa.



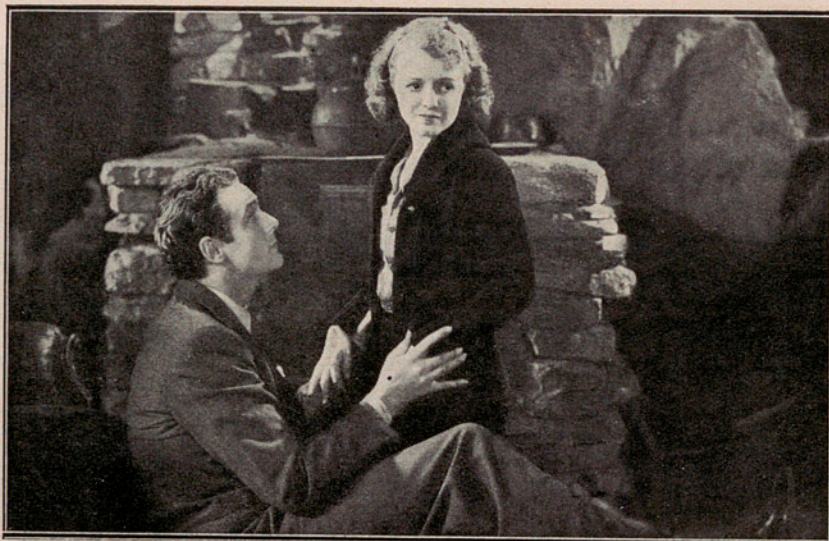
—Haga el favor de soltarme.



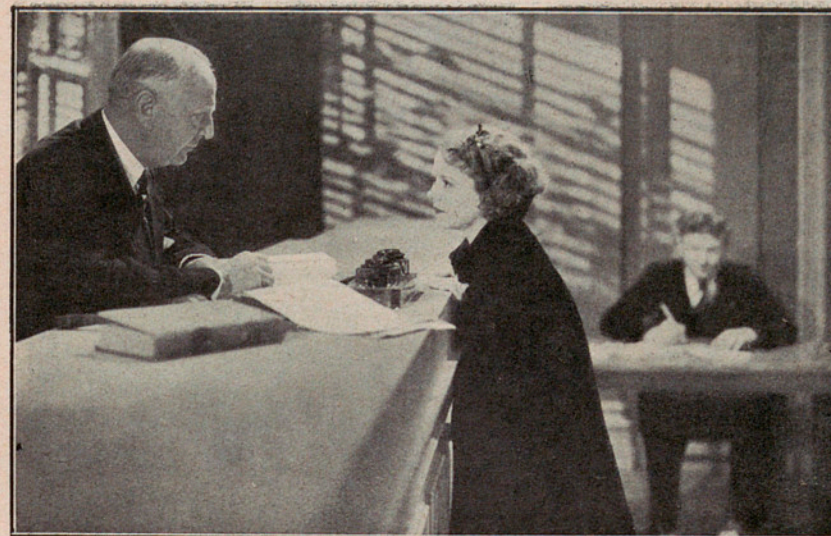
—¿Puedo ayudarles en algo?



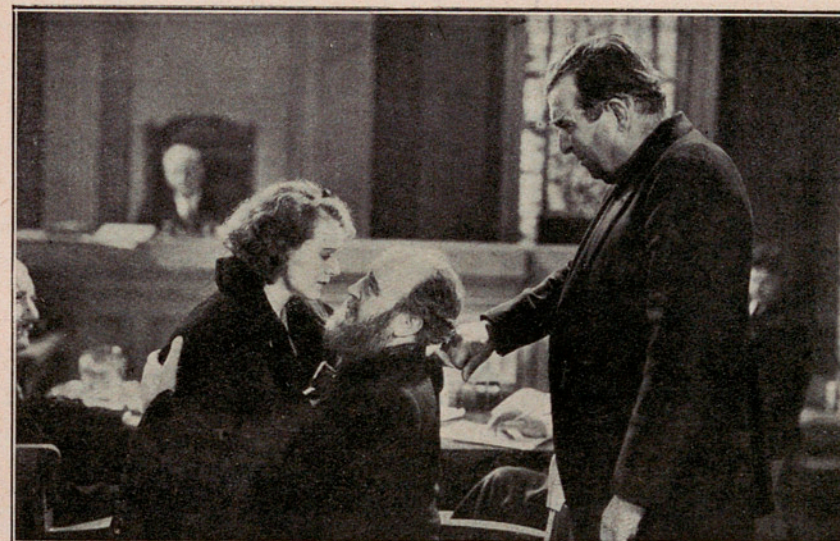
En el club daban una fiesta los jóvenes distinguidos de la comarca.



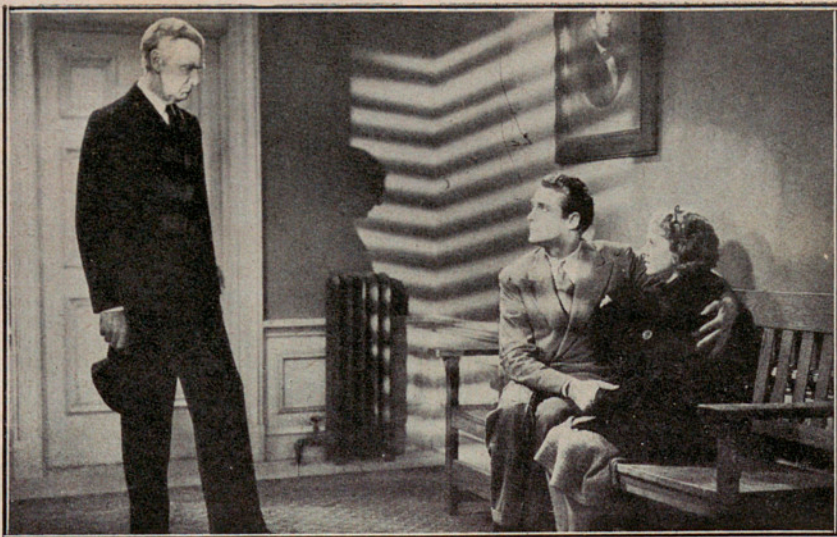
Y de nuevo volvió al lado de Teresita con la que charló durante largo rato.



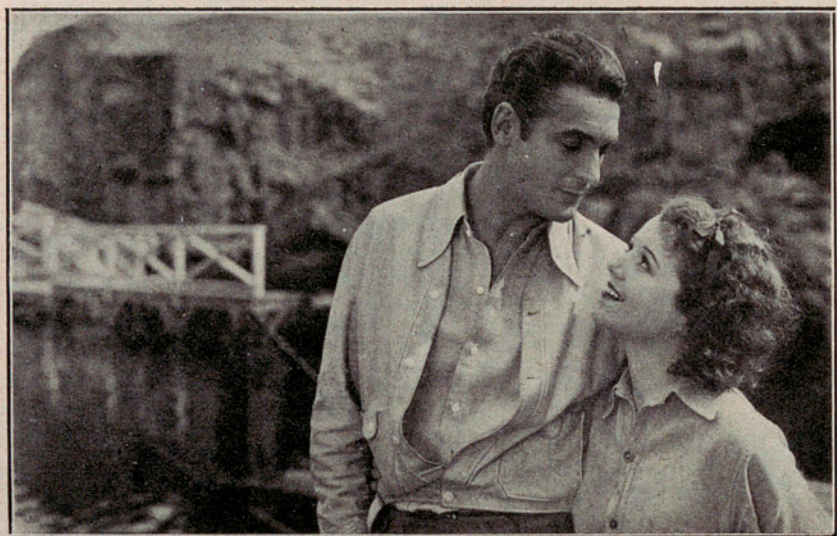
—... El es incapaz de matar a nadie.



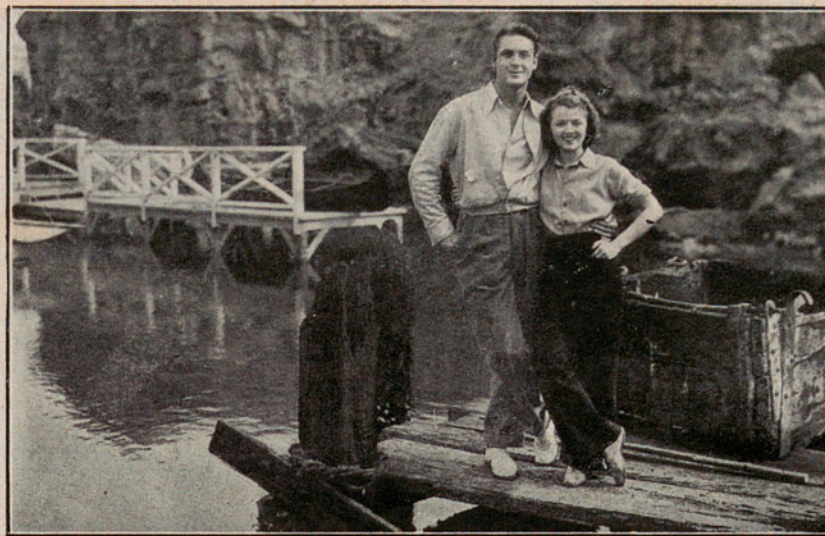
Apenas tuvo tiempo de abrazar a su padre.



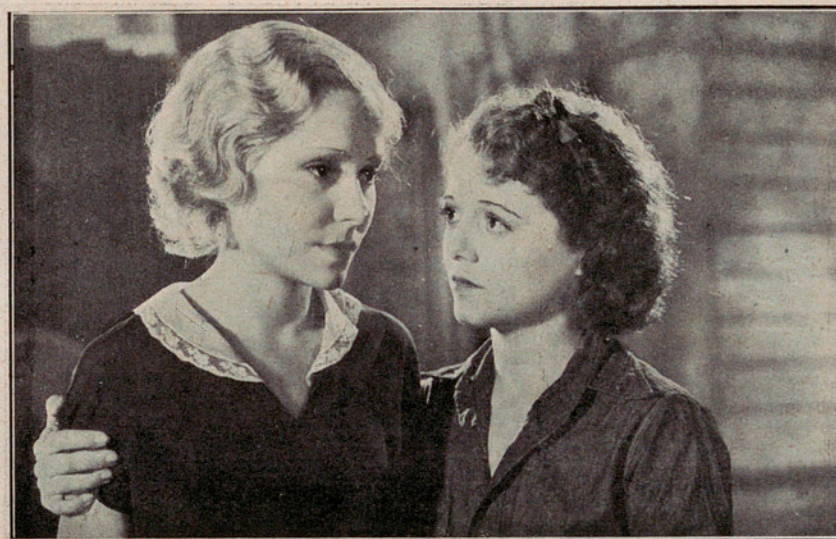
...apareció el señor Garfield y dirigió a Federico una mirada de censura



Federico no dejaba de ir a visitarla un solo día.



Y daban largos paseos por la costa.



—¿Me guardarás el secreto siempre?



... Peppy se había hecho muy amigo del niño...



—¿Es que no tienes fe en mí?

T E R E S I T A

había ahora un desacostumbrado temblor.

—¿Cuando le pedirás mi mano a papá?—preguntó en son de súplica.

—Esta misma noche, si se presenta ocasión.

—¡Oh, Daniel! ¡Cuánto te lo agradezco!

—No tienes nada que agradecerme. Te amo y mi mayor deseo es casarme contigo. Pero ¿a qué viene ese temblor?

—La alegría, Daniel.

—¿Tanto me amas?

—Mucho, te quiero con toda mi alma, pero mi alegría tiene otro motivo.

—¿Otro motivo?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que es preciso que nos case-
mos. ¿Comprendes? *No hay más remedio.*

Al hacer esta confesión había bajado la cabeza, avergonzada.

Él calló, como si participara de la confusión de su novia.

—¿Me prometes que haremos lo necesario para que nadie se entere?—preguntó la joven como si temiera que Daniel pudiese volverse atrás.

—Te lo prometo. Puedes estar tranquila. Mañana mismo hablaré a tu padre y nos casaremos en seguida.

—Gracias, Daniel, gracias...

* * *

Entretanto, en los salones del club, Federico hablaba con dos amigos.

—Esto es muy aburrido — dijo uno de ellos.

—Es verdad—convino el otro.

—¿Qué podemos hacer para ter-

minar con este tedio mortal?—inquirió Federico.

—Marcharnos.

—¿Adónde?

El otro bajó la voz y dijo:

—Las hermanas Longman son simpáticas y alegres y tendrán mu-

cho gusto en departir un rato con nosotros.

—¡Magnífica idea!

—Pero si nos vamos es preciso que busquemos a Daniel para que nos acompañe.

—Está bien, busquemos a Daniel.

—Pero, oye — indagó Federico—. Supongo que no habrá peligro en casa de esas jóvenes.

—Por supuesto—repuso el que había hecho la proposición—. Son mujeres decentes que reciben en visita a los buenos amigos, pero nada más.

—¿Y viven solas?

—Con su padre.

—¡Lagarto! ¡lagarto!

—Pero eso es lo de menos. Su padre nunca está en casa. Anda siempre de viaje.

—Menos mal.

Buscaron a Daniel hasta encontrarle y le pusieron al corriente del plan trazado.

Pero Daniel se negó a acompañarles.

—He de hablar con el guardacostas y voy a salir con él en su canoa.

Insistieron, pero fué inútil.

Entonces, Federico y sus dos camaradas se dirigieron a casa de las hermanas Longman.

XI

Las hermanas Longman eran tres muchachas simpáticas y amantes de la diversión, que por menos de na-

da improvisaban en casa un ágape. Se alegraron mucho al ver entrar a los tres distinguidos jóvenes.

T E R E S I T A

También ellas eran tres. De modo que el reparto era justo para formar parejas y nadie podría tener celos de nadie.

—¿Por qué han esperado hasta tan tarde para venir?

—Porque pensamos marcharnos también tarde—repuso jovialmente uno de los camaradas de Federico.

—Estas reuniones—opinó Federico—son tanto más agradables cuanto más avanzada es la hora.

Todos convinieron en que Federico tenía razón y en un santiamén se preparó un ágape a la romana, y queremos decir con esto que el amor se mezclaba a la bebida.

En medio de la alegría general, Federico se levantó para pronunciar un brindis.

Y empezó a trenzar una serie de palabras sin sentido concreto, pero que eran como una explosión de optimismo.

—¡Por el amor, por el placer, por la vida!... Por lo que sirve de esperanza a los jóvenes y de consuelo a los viejos. Por lo único que en el mundo invita a vivir...

Y siguió hablando en este tono hasta encontrar el latiguillo que puso un digno remate a su discurso.

Pero advirtió con sorpresa que sus amigos estaban la mar de serios.

—¡Pues vaya un éxito que he tenido!

Entonces se dió cuenta de que todos, ellos y ellas miraban hacia la puerta del salón, que estaba a su espalda.

Se volvió y se quedó de piedra.

Allí estaba el padre de las señoritas Longman.

No lo conocía, pero le bastó comprobar su gesto de ferocidad y amenaza, así como el terror que se reflejaba en los ojos de las muchachas, para comprender quién era el recién llegado.

Federico buscó con la mirada la salida, pero lo que encontró fué los ojos del padre fijos en él.

Tragó saliva, logró simular una sonrisa y declaró:

—Estaba felicitando a sus hijas por tener un padre tan simpático.

Lo que se armó allí entonces dejaba en mantillas al catorce de julio francés.

El padre dió un salto de tigre. Sin saber cómo, los jóvenes vieron de súbito que el señor Longman tenía una escopeta en la mano.

Los tres salieron de estampía,

echando a rodar todo cuanto encontraban al paso.

Federico se comportó como un campeón de carreras pedestres, pero aun no había perdido de vista la casa de los Longman, cuando oyó un tiro. Esto le hizo redoblar la velocidad de su carrera y más aún al darse cuenta de que el padre de las alegres jóvenes le seguía sin soltar su escopeta.

—Entre aquí y escóndase.

Había sentido de pronto que una mano le cogía por el brazo y cuando se vino a dar cuenta estaba en casa de Teresita, escondido detrás de la puerta.

Entonces lo comprendió todo. Teresita estaba a la puerta y al verlo correr después de oír el tiro sospechó y con razón que su vida peligraba y quiso salvarle.

Teresita se quedó en la puerta.

Llegó el señor Longman, furioso y jadeante.

—¿Ha visto a un joven pasar por aquí huyendo?

Teresita mintió tranquilamente:

—Sí, señor. Iba hacia las rocas.

—¡Yo pescaré a ese granuja!

Cuando el señor Longman desapareció corriendo, la joven entró en la casa.

Federico salió de detrás de la puerta.

Ella sonrió y dijo con un tonillo de broma:

—¿Quién guardaba su vida antes de conocerme a mí?

—Realmente, se ha convertido usted en mi ángel guardián.

—Pues no me gusta el cargo.

—Yo opino que le sienta muy bien el papel de ángel.

—¿Todavía le queda humor para echar requiebros después de lo ocurrido?

—El humor es lo último que debe perderse.

—Acaso tenga usted razón.

Federico echó mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un frasco extraplano cuyo tapón era el vaso.

Escanció una copa y se la ofreció a Teresita.

—¿Una copita?

—No, gracias.

—Yo le aconsejo que se la tome. Así se le pasará el mal humor y será menos huraña conmigo.

—No tengo ningún interés en que me ocurra todo eso.

—¿De veras? Entonces no tendré más remedio que beberme yo la copita.

Y se la bebió. Después llenó y vació otra. Por fin se guardó el frasco en el bolsillo.

Se quedó mirando a Teresita fijamente, con interés no disimulado.

—¿Sabe usted que es muy bonita?

—¿Está usted seguro?

—Y todavía lo sería mucho más si fuera mejor arreglada.

—Gracias por el consejo, pero no lo pienso aprovechar.

—Hace usted mal. Si usted se arreglara sería la mujer más guapa del mundo.

—El licor empieza a producirle efecto.

—Cuando no me he embriagado mirándola a usted, puedo estar tranquilo que no me embriago con nada.

—Gracias por todas esas amabilidades, pero váyase. Ya ha pasado el peligro.

—¿Usted cree que ha pasado?

—Y si no ha pasado, me da lo mismo. Le agradeceré que se vaya.

—¡Qué seguro estoy de que no es usted sincera!

—Tiene usted muchas pretensiones.

—¿Quién no las tiene después de

verse protegido por una mujercita como usted?

—Váyase. ¿Cómo se lo he de decir?

—Mire que pueden matarme.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Un día u otro hemos de morir!

Y como bromeando, Teresita estaba mucho más encantadora todavía que cuando hablaba en serio, Federico no pudo contenerse y la rodeó con sus brazos.

—¡Es usted deliciosa!—exclamó al mismo tiempo.

Y casi al mismo tiempo también, Teresita tomó rápidamente sus medidas y dió un certero puñetazo a Federico, que retrocedió tambaleándose.

—Ahora ya no le parezco tan deliciosa, ¿verdad? —preguntó burlonamente.

—Antes me parecía usted una cándida niña. Ahora me parece una mujercita temible.

—He estado navegando muchos años y el que navega aprende a vivir.

—Ahora me doy cuenta de que he estado perdiendo el tiempo en la universidad.

—Se ha dado usted cuenta demasiado tarde.

—Es verdad. Perdóneme por todo.

—Le perdono por ser la primera vez.

—Adiós.

Y dió media vuelta y se dirigió a la puerta.

Entonces se dió cuenta Teresita de que había ido demasiado lejos.

No debió darle el puñetazo. A lo sumo un suave bofetón. Federico se marchaba y ella no quería que se marchase.

Ya pisaba el umbral. Le llamó.

—Federico.

El se detuvo y se volvió con una expresión de alegría y de esperanza.

—¿Qué vida hacen los estudiantes de universidad?

—¿De veras le interesa a usted saberlo?—preguntó él.

—De veras.

—Entonces se lo voy a contar a usted todo detalladamente.

Y de nuevo volvió al lado de Teresita, con la que charló durante largo rato.

XII

—Deme el rifle, capitán.

El capitán le entregó a Ben el rifle.

Estaban en uno de los lugares más abruptos e inaccesibles de la costa.

Habían ido allí a pescar con redes, casi seguros de que nadie les había de descubrir. Pero, por si acaso, se llevaron el rifle.

Ben y un joven que le acompañaba se embarcaron en un bote de remos para llevar la red mar aden-

tro y el capitán se quedó entre las rocas.

Perdió de vista al bote, pues entre éste y él se interpuso uno de los picos rocosos que tanto abundaban en aquel lugar y se quedó asegurando las redes.

Ben y su compañero oyeron de pronto el ruido de un motor.

—¡Es la canoa del guardacostas!—exclamó Ben reconociendo el ruido.

Y añadió:

—Rema hacia la costa.

Lograron ocultarse en un saliente de rocas antes de que el guardacostas los pudiera ver.

Este no iba solo sino que le acompañaba Daniel, como había asegurado a sus amigos cuando se negó a ir con ellos a casa de las tres alegres hermanas.

Por la mente de Ben, que no olvidaba el desaire de que le había hecho víctima la hija del capitán, pasó una idea siniestra.

La puso en práctica en seguida.

Protegido por las rocas, empuñó el rifle, apuntó y disparó contra la canoa del guardacostas.

En el silencio del mar se oyó un grito intenso y Daniel rodó al fondo de la canoa.

El guardacostas empuñó un revólver y se dirigió al punto de donde procedía el disparo.

Pero antes de que pudieran echarle la vista encima, ya había arrojado Ben el rifle a la costa y se había ocultado con el bote entre las rocas.

Desembarcó y obligó a desembarcar a su amigo. La misma violencia empleó para hacerle penetrar en una especie de pequeña gruta que formaban las rocas y le amenazó con matarle si le delataba.

A todo esto, el capitán, que había oído el disparo, comenzó a bajar hacia el lugar donde se encontraba el rifle, y, no bien hubo llegado, se encontró con la canoa del guardacostas, el cual le apuntaba con su revólver.

El capitán no acertaba a comprender lo que había sucedido.

Oyó que el guardacostas decía:

—Este rifle es suyo, capitán. Lo conozco.

Al ver el herido en la canoa, el capitán reaccionó.

—Yo no he disparado—dijo con firme sinceridad.

—No pretenderá que el disparo haya salido del aire.

—Le aseguro...

—Pase a la canoa. No hay tiempo que perder. Este hombre se muere.

El capitán obedeció como un autómatas. El guardacostas le seguía

apuntando con su revólver, pero eso no le importaba lo más mínimo. Lo que le importaba era lo otro, la trampa que sus compañeros le habían preparado y en la que tan estúpidamente había caído.

* * *

Cuando la canoa llegó al desembarcadero, se corrieron rápidamente las voces de que llevaba un herido y el pueblo comenzó a agruparse ante ella.

—Es Daniel—decían unos.

—¡El capitán es quien lo ha matado!—decían otros.

Los primeros en acudir habían sido unos marineros, a los que el guardacostas ordenó:

—Lleváos al herido al hospital. Yo me encargo de éste.

Y cuando se hubieron llevado al herido hizo desembarcar al capitán y lo condujo a través del pueblo, apuntándole con su revólver.

Un compacto corro de gente les acompañaba haciendo los más di-

versos comentarios y cábalas sobre el suceso.

Cuando el grupo se acercó a la casa del capitán, Teresita y Federico ya estaban a la puerta. Habían salido atraídos por los rumores de la calle.

Teresita lanzó un grito al reconocer a su padre desde lejos.

Echó a correr hacia el grupo.

—¡Es mi padre! ¡Es mi padre!—gritaba.

Pero al llegar se encontró con la barrera infranqueable de la gente.

—¿Por qué lo llevan así?—preguntó con un sollozo de angustia.

—Ha herido a un hombre—le contestaron.

Pero ella no lo creyó. Conocía

bien a su padre y sabía no podía dar motivos para que le creyeran un criminal.

—¡Capitán, capitán! —gritó cuando ya había logrado casi llegar hasta él.

Pero fué apartada por los brazos de los que rodeaban al detenido.

—¡Por Dios! ¡Dejadme que hable con él!

Pero sólo encontraba rostros severos y manos que la apartaban inexorablemente.

Así, siguiendo al grupo y pugnando por ver a su padre, llegó hasta la cárcel.

Allí introdujeron al capitán y cuando Teresita quiso seguir adelante se encontró con las puertas de la prisión que le cerraban el paso.

—¡Es mi padre!—dijo al guardián—. Dejadme que lo vea.

—Para entrar aquí es necesario un permiso.

—¡Pero si es mi padre!—gritó Teresita desesperada.

—El que no tiene un permiso escrito no puede pasar—respondió el guardián con una mezcla de severidad e indiferencia.

Teresita se alejó entonces de la

puerta de la cárcel con el corazón destrozado.

No quería alejarse del sombrío edificio, entre cuyos muros quedaba su padre.

Allí, absorta y sin saber qué resolución dar a su doloroso problema, permaneció un buen rato.

Y una idea brotó en su mente.

Todas las celdas tenían ventanas que daban a la parte posterior de la cárcel, allí donde el mar batía las rocas.

Dió un rodeo y comenzó a recorrer con la vista las enrejadas ventanas.

No pudo reprimir un grito de emoción al ver a su padre tras los hierros de una de ellas.

Y le llamó:

—¡Capitán!

Muy lejos estaba, pero pudo darse cuenta de la profunda impresión que acusaba el rostro de su padre al verla.

Teresita rompió con los párpados una lágrima y preguntó con alegre tono:

—¿Qué tal, capitán?

Pero él no la oía. El rumor del mar y la distancia ahogaban todos los sonidos.

—¿Qué dices?—le preguntó.

Y tampoco Teresita pudo oírle.

La audacia de la joven le presentó en seguida una solución.

Allá en lo alto, cerca del muro de la cárcel, surgía de las rocas un árbol que parecía retorcerse con un movimiento de desesperación.

Trepando por las rocas, llegó a él. Subió a la copa, se cogió a una larga rama, se lanzó con fuerte impulso y fué a parar al tejado de la cárcel.

Desde allí le fué relativamente fácil descolgarse hasta la ventana.

El capitán había seguido atentamente todas estas operaciones. En los momentos de más peligro, no había podido contener un grito de temor:

—¡Cuidado, Teresita!

Pero Teresita ya estaba allí, junto a él, colgada de los hierros de la reja.

—¡Hola, capitán!

—¡Hola, Teresita!

Y este sencillo saludo no era más que el disfraz de un torrente de dolor y de ternura.

—Quiero preguntarte una cosa, capitán.

—¿Qué es, Teresita?

—¿Has sido tú?

—No—repuso el capitán sencillamente.

—Es todo lo que quería saber.

Y al decir esto Teresita sintió como si le quitaran un gran peso de encima.

XIII

Al mismo tiempo que Teresita veía a su padre conducido por el guardacostas, Federico reconocía a Daniel cuando lo llevaban en brazos hacia el hospital.

Se apresuró a comunicar por teléfono con su hermana para darle la noticia.

No le dijo que estaba muerto. Sólo lo que había sufrido un accidente y que había sido preciso conducirlo al hospital para curarlo. Después iría a casa y, con las debidas precauciones, le haría saber toda la verdad.

Pero Federico no sabía hasta qué punto aquella noticia representaba una tragedia para su hermana. No

era sólo que perdía al hombre amado, sino que ya no podría salvar su honor casándose con él.

Por eso, temiendo que su hermano no le había dicho toda la verdad, se apresuró a dirigirse al hospital y preguntar por Daniel sin darse a conocer.

Una enfermera le indicó la sala donde le habían instalado. Ella se dirigió hacia la puerta, temblando de dolor y de inquietud.

Y antes de que pudiera llegar, vió que sacaban una camilla. Una camilla en la que iba Daniel... muerto.

No pudo darse cuenta de nada más, porque cayó desmayada.

* * *

Ya salía el jurado de deliberar. En el banquillo de los acusados se puso en pie el capitán para escuchar la sentencia.

—¿Han llegado a un acuerdo? —preguntó el presidente.

—Sí, señor presidente.

—¿Cuál es el veredicto?

—Culpable de asesinato sin atenuantes.

El rostro del capitán no se inmutó. Un viejo lobo de mar como él sabía ser fuerte ante la adversidad.

Pero Teresita no podía demostrar la misma pasividad. Se estremeció al oír las palabras condenatorias y, abriéndose paso entre el público, logró llegar hasta el estrado donde se hallaba el tribunal.

—¡Eso es falso, señor presidente! ¡El es bueno y honrado!

El presidente trató de poner freno a sus palabras con un gesto, pe-

ro ella continuó en voz cada vez más alta:

—Se cometerá una gran injusticia si se le condena. Lo conozco bien porque es mi padre y sé que él es incapaz de matar a un hombre.

—Nada de eso viene al caso —repuso el presidente en tono terminante.

Pero Teresita insistió con un tono de desesperación delirante:

—¡No es posible! ¡No es posible que se cometa injusticia tan atroz! ¡El es incapaz de matar a nadie!

Sus grandes ojos llameaban de dolor y de desesperación. La ira y la angustia formaban en ellos una trágica amalgama.

—¡Señor presidente! ¡En nombre de la justicia y de la conciencia...!

Pero no pudo terminar.

—¡Llévensela de aquí! —ordenó el presidente.

T E R E S I T A

Y se sintió arrastrada fuera de la sala por varios brazos. Apenas tuvo tiempo de abrazar a su padre.

El abogado defensor intentó un escrutinio individual entre los componentes del jurado.

Y uno a uno fueron pronunciando la palabra "Culpable".

Y mientras la dolorosa mentira se repetía en la sala, Teresita, perdida ya toda esperanza de rectificación, lloraba silenciosamente.

Sintió la caricia de una mano y

escuchó una voz empañada de tristeza:

—Aun hay esperanzas, Teresita.

Ella alzó los ojos y reconoció a Federico.

—¿Esperanzas? ¿Qué podemos hacer?

—Haré todo lo posible para que se vuelva a ver la causa.

Hablaron largamente. De pronto se presentó el señor Garfield y dirigió a Federico una mirada de censura. Pero él no le hizo caso.

* * *

—Quiero hablar a solas contigo, papá.

Con un gesto que era como una anticipada negativa, el señor Garfield preguntó:

—¿De qué se trata?

—De la hija del capitán y del capitán mismo.

—Lo suponía. ¿No te dije que no quería que te mezclaras para nada con esa mujer?

—Papá...

—¡Basta! No me vuelvas a hablar de ella en tu vida. Es suficiente verla para saber qué clase de mujer es.

—¡Alto! —replicó Federico con energía—. ¡No toleraré que hables así de ella!

—Estás hablando con tu padre.

Pero Federico no se dejó impresionar por estas autoritarias palabras. Lejos de eso se irguió y dijo:

—He tolerado todas tus intransigencias con mi madre, con mi her-

mana, conmigo... pero no toleraré que hables mal de esa joven.

Algo que quería ser una sonrisa torció los labios del señor Garfield.

—Está bien. Pero habrás de elegir entre esta casa y ella.

—La elección no es dudosa—repuso Federico sin inmutarse.

Y cogió el sombrero y se marchó.

XIV

—¡Hola, Teresita! Hemos venido a cenar contigo.

Era Federico el que había hablado así, Federico que se había presentado en casa de Teresita acompañado de su hermana.

Teresita se alegró mucho de verles. Federico no dejaba de ir a visitarla ni un solo día y daban largos paseos por la costa.

La señora de Garfield y la hermana de Federico se habían cuidado de arreglar las cosas y padre e hijo hicieron las paces, aunque, en el fondo, ambos sabían que pensa-

ban de modo distinto y que no podía haber acuerdo entre ellos.

Federico presentó a su hermana a Teresita.

—Esta es mi hermana, Teresita. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Pues yo a usted casi la conozco ya—dijo Teresita al mismo tiempo que estrechaba la mano de la señorita Garfield.

—¿Que ya me conoce?

—¡Me ha hablado tanto de usted Federico!

—Pues estamos en el mismo ca-

so, porque también a mí me ha habido mucho de usted.

—Ya hablaremos en la mesa—intervino Federico—. Tengo dos cosas: apetito y prisa.

—¿Prisa apenas has llegado?—preguntó Teresita.

—Todo se explicará en la mesa.

Entre los tres la prepararon rápidamente y abrieron los paquetes que llevaban los visitantes. Las provisiones eran tan abundantes que podían haber servido para una familia numerosa.

—Explícame eso de la prisa, Federico—dijo Teresita apenas hubieron empezado a cenar.

—Mi hermanita, que vendrá a visitarte con frecuencia durante mi ausencia, te explicará lo que quieres saber.

—¿Piensas marcharte?

—Piensa marcharse para traerle muy buenas noticias.

—¿Buenas noticias?—inquirió Teresita sin comprender.

—Las mejores que usted puede recibir en estos momentos.

—¿De qué se trata, Federico?—inquirió Teresita presa de viva curiosidad.

—A ver si lo aciertas.

—¡Díselo, hombre! No la hagas sufrir.

Y en vista de que Federico continuaba empeñado en no hablar, explicó ella:

—Federico va a hacer que se revise la causa contra su padre.

Una viva emoción se reflejó en el rostro de Teresita.

—¿De veras?

—Sí, Teresita—dijo al fin Federico—. Y no sólo estoy seguro de que la causa volverá a verse, sino que confío en que tendremos pruebas definitivas en favor de tu padre.

—¿Has averiguado algo, Federico?

—De eso sí que no puedo decir una palabra. Por ahora conténtate con saber que la causa se verá de nuevo y que esta vez no estará tu padre desamparado.

—¡Oh, Federico! ¡Cuánto te agradezco lo que haces por mí!

Después preguntó:

—¿Ese es el motivo de tu viaje?

—Ese. He de hablar con el gobernador del Estado. Es el único requisito que me falta para que mis planes sean una realidad.

—Pero ¿tu padre consiente en todo eso?

—Papá está camino de Europa.

—Así se comprende que no oponga resistencia.

—Sería lo mismo, Teresita. Yo cumplí con mi deber, un deber por cierto muy grato y nada ni nadie lograría apartarme de mi camino.

—¿Cuándo se ha marchado?

—Anoche salió acompañado de mamá.

—¿Tu madre también se ha marchado?

—También. Y mi hermana quiso quedarse con el pretexto de no dejarme solo.

—Eso tienes que agradecerle.

—Se lo agradezco, pero la verdad es que ella se ha quedado muy a gusto. Por nada del mundo hubiera querido hacer un viaje a Europa acompañada de papá. Sabe por experiencia lo aburrido que es un viajecito acompañada del señor Garfield.

Y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?—le preguntó Teresita.

—Me estaba acordando ahora de las palabras de papá al despedirse de mí.

—¿Qué te ha dicho?

Y Federico explicó, remedando la voz un poco cavernosa de su padre:

—Espero que cuando regresemos habrás recuperado la razón.

Los tres se echaron a reír ante la exactitud de la imitación hecha por Federico.

Su hermana le advirtió:

—Si no te das prisa, se te va a hacer tarde.

Y como, en efecto, la hora de partir se le echaba encima, Federico dió la cena por terminada y se marchó.

Antes de partir recomendó a su hermana:

—Visítala todos los días, hermanita, y cuídala bien.

—Te lo prometo.

Lo despidieron desde la puerta. Las dos, aunque de modo distinto, amaban al simpático joven que se alejaba.

—Se ve que se quieren ustedes mucho—dijo Teresita al entrar.

—Sí — repuso la señorita Garfield—. Es muy buen hermano. No sé cómo viviré sin su compañía durante los meses que ha de durar su ausencia.

Y añadió de un modo enigmático:

—Sin embargo, no ha podido ser más oportuno su viaje.

XV

Habían pasado varios meses.

Teresita había salido con su bote de pesca. Aunque la señorita Garfield la ayudaba con frecuencia, ella quería trabajar para ganarse la vida.

De pronto, llamó la atención de la pescadora una forma humana que apareció en la soledad de las rocas. Las sombras de la noche habían empezado a caer sobre la tierra y el mar y no pudo distinguir su rostro.

Lo único que sabía era que se trataba de una mujer.

La vió bajar por las rocas hasta llegar a la orilla del mar.

¿Qué iría a hacer? ¿Qué buscaba allí a aquella hora y en medio de aquella soledad?

La sospecha de que iba a ocurrir

una tragedia pasó como un relámpago por su mente.

En efecto, la forma humana permaneció un instante en las rocas contiguas al mar, se llevó las manos al rostro y se arrojó al agua.

Teresita remó frenéticamente hacia el lugar donde la mujer se había arrojado.

Se lanzó también ella al agua y por segunda vez salvó a una persona de morir ahogada.

Cogió el cuerpo de la suicida y, luchando con las olas y con las sombras de la noche, que dificultaban extraordinariamente su empresa, logró llevarla hasta la barca.

Otra vez remó con frenesí y, cuando llegó al desembarcadero, tuvo que vencer las mayores dificultades de su empresa.

Merced a un esfuerzo sobrehumano llevó a la suicida hasta su casa y la tendió en su lecho.

Al encender la luz reconoció a la hermana de Federico, que en aquel momento abría los ojos.

—¿Tú?— exclamó Teresita con profundo asombro.

Y ella sonrió amargamente.

—¿Por qué no me dejaste ahogar?

—¡Qué locura! ¡Es preciso que vivas! ¡Estoy segura de que cuando te tranquilices me agradecerás que te haya salvado!

—No, Teresita. Mejor hubiera estado muerta.

—No hables así. ¡Una mujer llena de vida y de juventud como tú!

—Si tú supieras...

—No quiero saber nada. No vuelvas a pensar en eso. Ahora sólo debemos preocuparnos de que pase el temporal.

Y añadió:

—Pues en las almas, como en el mar, hay temporales.

—En los del mar viene al fin la calma indefectiblemente. En los del alma, a veces, no terminan nunca como no sea con la muerte.

—Te repito que no debes pensar más en eso.

—Pensar... No he hecho otra cosa desde hace algunos meses. Y no he encontrado otra solución que morir. ¡Hubiera sido tan triste mi vida sin tener ni siquiera nadie en quien poder confiar!...

—¿No me tienes a mí?—inquirió Teresita resueltamente.

La señorita Garfield estuvo un momento contemplándola. La verdad era que no se le había ocurrido pensar en Teresita. Y nadie mejor que Teresita, tan decidida y generosa para cumplir la delicada misión que necesitaba confiar a alguien.

—Es muy grave lo que he de comunicarte, amiga mía.

—No importa. Sea como sea, he de hacer por ti cuanto esté en mi mano.

—Entonces, escucha.

Y le refirió con toda la claridad que su pudor le permitía, el error que había cometido en un momento de locura.

Pero Daniel, que la amaba tanto como ella a él, tal vez más, estaba dispuesto a casarse con ella inmediatamente y todo se habría solucionado del mejor modo posible.

La fatalidad quiso que el mismo día en que pensaba pedir la mano a

su padre, ocurriera el accidente que costó la vida a Daniel.

Teresita escuchaba atentamente aquella historia, compartiendo la tristeza de su buena amiga.

Y antes de que ella pudiera comunicarle sus planes, Teresita exclamó:

—Pero eso tiene fácil arreglo. Yo me quedaré con el niño. Yo lo cuidaré. Nadie sabrá nunca de quién es hijo.

—Eso es lo que iba a pedirte, Teresita. ¿De veras estás dispuesta a hacer ese sacrificio por mí?

—No se hable más del asunto.

—¡Oh, qué buena eres!

Lloraba de emoción y de alegría al saber que su hijo iba a quedar en tan buenas manos y que ella podría verle sin que sus padres tuvieran jamás noticia de su desgracia.

—¿Cuándo ha de llegar?—inquirió Teresita.

—Lo mismo puede ser hoy que mañana, pero me parece que lo ocurrido puede adelantar los acontecimientos.

—¿De veras?

—Sí, empiezo a sentirme mal.

—No te preocupes. Iré en seguida en busca de la comadrona. Dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta.

Ya iba a salir, pero la enferma la detuvo.

—Oye, Teresita. Tengo en ti plena confianza, pero necesito que me jures que nunca revelarás mi secreto.

—Te lo juro—repuso la joven con naturalidad.

—Ni siquiera a mi hermano.

—A él menos que a nadie. Sólo tú y yo sabremos de quién es el niño que va a venir al mundo.

Y dicho esto salió de la casa.

XVI

Marta era la única comadrona del pueblo y de otras aldeas cercanas y estaba siempre abrumada de trabajo.

—¡Corre, Marta! Te necesitan con urgencia.

—¿Otro? ¡Y después dicen que se acaba el mundo!

—Date prisa.

—Todas tienen prisa. Siempre es muy urgente. Después llega una y ha de estar toda la noche esperando.

—¡Vamos, Marta, por favor!

—¡Ya voy, mujer, ya voy! A todo eso no me has dicho adónde hemos de ir.

—A mi casa.

—¿A tu casa? Pero si allí no hay más mujer que tú.

—Ya te lo explicaré por el camino. No hay tiempo que perder.

Por fortuna, todo fué bien. Dos horas después estaba el niño en el mundo y la comadrona se retiraba, pidiendo a Dios la dejaran descansar durante el resto de la noche.

Era un niño muy hermoso. Lo estaba colmando de besos Teresita, cuando la madre suplicó:

—Lo quiero ver. ¿Es guapo?

Teresita lo colocó de modo que la enferma lo pudiera ver sin ni siquiera mover la cabeza.

La señorita Garfield exclamó:

—¡Qué lindo es! ¡Y cómo se parece a su padre! ¿Verdad, Teresita?

No veía Teresita el parecido por ninguna parte, pero contestó para que no perdiera la ilusión:

—Se parece extraordinariamente.

* * *

Habían pasado algunos días.

La señorita Garfield ya estaba lo bastante fuerte para volver a su casa.

—Todo ha salido a medida de nuestros deseos—le explicó Teresita—. Los criados creen que estás de viaje. Tu ausencia no les ha extrañado. Nadie sabe nada. Puedes marcharte tranquila.

—¿Me guardarás el secreto siempre?—inquirió una vez más la señorita Garfield.

—Ya te lo juré.

Y la hermana de Federico se fué tranquila.

Desde entonces eran dos los *pequeños* que Teresita tenía que cuidar: el niño y Peppy.

Por cierto que Peppy se había hecho muy amigo del niño y lo

mecía en la improvisada cuna y siempre estaba a su lado.

Un día se enteró Teresita del motivo de aquella amistad.

Hacía un momento que había colocado el biberón en la cuna del niño de modo que éste se lo pudiera tomar sin ayuda de nadie.

De pronto le oyó llorar. Acudió prestamente y se encontró con que el mono le había quitado la botella de leche y se la estaba tomando en un rincón de la alcoba.

Teresita lo reprendió y para castigarlo lo echó a la calle y le cerró la puerta.

—Este que voy a preparar ahora no se lo quitarás al niño, sinvergüenza, porque no te dejaré entrar hasta que se lo haya tomado.

El mono se quedó junto a la puer-

ta, mirándola no se sabía si con arrepentimiento o sintiendo no poder entrar para apoderarse del segundo biberón.

En esto apareció Ben, el cual, al ver al mono, sintió el deseo de vengarse de la pedrada que hacía tiempo le diera.

Se inclinó, cogió una piedra y se la arrojó.

Peppy se alejó gritando.

Teresita, al oír los gritos, salió a la puerta, pero al que vió no fué a Peppy, sino a Ben, el cual se dirigió rápidamente a la casa.

Al darse cuenta de las intenciones de Ben, Teresita trató de cerrar la puerta. Pero no tuvo tiempo: Ben puso las manos, empujó y entró.

Se dirigió a la habitación donde el niño dormía en la rústica cuna.

—¿De quién es ese niño? — preguntó.

Y Teresita, que no se asustaba fácilmente, repuso:

—¿A usted qué le importa?

—¿Acaso es tuyo?

—Ahora sí.

—¿Se casará el padre contigo?

Teresita contestó con una mueca de desprecio.

Ben se acercó a la cuna.

—¡No lo toque!—gritó Teresita fieramente.

—¿Qué me harías si lo tocase?

—Si le hicieras daño, te mataría.

Y había en sus palabras algo tan terrible y definitivo, que Ben se separó de la cuna.

—Te creo capaz.

Después dijo:

—Cásate conmigo y os cuidaré a los dos.

—Gracias. No necesitamos tus cuidados.

—¿Por qué estás tan despreciativa? — preguntó Ben con un tonillo amenazador—. ¡Tanto como te quiero yo, mujer!

Se fué hacia ella y la rodeó con sus brazos.

Teresita trató en vano de desasirse.

—¡Suéltame!

Y Ben respondió con una carcajada.

En este momento entró Federico en la casa. Al regresar de su viaje, su primera visita había sido para la hija del capitán.

Su rostro se transfiguró al ver a Teresita debatiéndose entre los brazos de Ben.

—¡Canalla! — gritó, yendo hacia él con un gesto de amenaza.

Los dos miraron hacia Federico. Ben recibió un puñetazo en el mentón apenas volvió la cabeza y rodó por el suelo aturdido.

Se levantó en seguida y no trató de devolver el puñetazo, sino que se volvió a la puerta.

Allí se detuvo y dijo, sabiendo el mal que con ello iba a hacer a las

dos personas que quedaban en la casa:

—¿Qué de particular tiene que venga a ver a mi hijo?

Y se marchó, dejando clavada la espina de la duda en el corazón de Federico y la inquietud en el alma de Teresita.

XVII

Federico, con el estupor y el desconcierto reflejados en los ojos, miraba alternativamente al niño y a Teresita, que estaba junto a la cuna.

—Supongo que no creerás lo que ese mal hombre ha dicho—suplicó Teresita.

—Claro que no lo creo—repuso Federico tratando de arrancar de su corazón aquella duda.

Y hubo una pausa embarazosa, tras la cual preguntó:

—¿De quién es?

Teresita bajó la cabeza. Recordaba el juramento hecho a la madre de aquella criatura.

—No te lo puedo decir — respondió.

—¿Ni de dónde lo has sacado?

—Tampoco. Sobre este niño no puedo decirte nada.

Y como el rostro de él se ensombreciera, la joven preguntó:

—¿Es que no tienes fe en mí?

Y había en sus ojos un resplandor tan diáfano de inocencia, que en el alma de Federico renació la alegría perdida momentáneamente.

—¿Cómo no he de tener fe en ti si te idolatro? — exclamó lleno de emoción.

—Gracias — repuso Teresita, también profundamente emocionada.

Hablaron de otras cosas. Federico se mostraba contento y decidido. Pero pronto adivinó Teresita que aquello no era más que la máscara de una profunda preocupación.

Y, como ella esperaba, Federico volvió a preguntar:

—¿De quién es ese niño?

Y ella repitió:

—No te lo puedo decir.

—¿Ni aunque yo te dijera que necesito saberlo?

—De ningún modo puedo decírtelo—repuso Teresita con dolor pero con firmeza al mismo tiempo.

—Está bien... Adiós.

Y Federico salió de la casa.

Teresita, desde la puerta, le vió alejarse, con el corazón traspasado por la pena, pero, al mismo tiempo, con la satisfacción de haber tenido el valor necesario para cumplir su promesa.

* * *

El niño estaba enfermo.

Marta, a quien Teresita había ido a buscar, le dijo que lo único que tenía era falta de alimento. Había que darle buena leche y algunos medicamentos.

—Espérate aquí hasta que vuelva—dijo entonces Teresita.

Y se dirigió a casa de Garfield.

Preguntó por la madre del enfermito y logró hablar con ella. Le explicó todo lo que ocurría.

La señorita Garfield la condujo a la cocina y abrió la gran despensa.

—Toma toda la leche que necesitas. Voy por dinero.

Y mientras la señorita Garfield se marchaba escaleras arriba, Teresita cogió un cesto y comenzó a llenarlo de botellas de leche.

Una de ellas cayó al suelo, produciendo un ruido que llegó a oídos del señor Garfield. Este, que se iba a acostar, bajó a la cocina.

Dirigió a Teresita una mirada de odio y de amenaza.

—¿Conque eres tú la ladrona?

Teresita estaba tan asustada y confundida que no supo qué contestar.

—Deja ese cesto y vete, mala pécora.

En este momento llegó la señorita Garfield.

—Deja que se lleve la leche, papá.

—¿Acaso tengo obligación de mantener a esta gentuza?

Y repitió, señalando la puerta:

—¡Largo de aquí!

Y Teresita obedeció. Más que los insultos del despiadado señor Garfield, le dolía el tenerse que marchar sin el dinero para las medicinas y la leche que el niño enfermo necesitaba.

XVIII

Como el niño seguía enfermo, Teresita decidió bautizarlo por si se moría.

Lo envolvió en una manta y se lo llevó a la iglesia.

En aquel preciso momento se estaba celebrando un bautizo, del que eran padrinos los señores de Garfield.

La iglesia rebosaba de gente. Entre los invitados figuraban Federico y su hermana.

Con el temor de que el niño se muriera sin haber recibido el bautismo cristiano, Teresita se abrió paso entre la multitud y llegó hasta donde estaba el sacerdote.

En aquel preciso momento había

terminado la ceremonia del otro bautizo. Teresita suplicó al sacerdote:

—¿Quiere bautizarlo, padre? Está muy malito y se puede morir.

—Desde luego, hija mía.

La señorita Garfield había empalidecido, Federico miraba a Teresita con una mezcla de emoción y curiosidad, y en cuanto al señor Garfield, envolvía a la joven en un gesto de infinito desprecio.

—Tiene padrinos? — preguntó el cura.

No contestó Teresita.

Entonces el sacerdote se dirigió a los señores Garfield.

—¿Quieren serlo ustedes?

T E R E S I T A

—¡Pero esto es indigno!—repuso el caballero con su habitual altivez.

—En la casa del Señor no hay diferencias de clase—dijo el cura con una mezcla de dulzura y de firmeza.

Y en este momento, la señorita Garfield, obedeciendo a un impulso de su corazón de madre, gritó:

—¡Es mi hijo! ¡Dámelo!

Avanzó resueltamente hacia Teresita, le quitó el niño de los brazos y lo besó tiernamente.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó.

—Aquí está tu madre para defenderte contra todo y contra todos.

Después alzó la cabeza y dijo con energía:

—Bautícelo, padre. Es mi hijo.

—¿Qué nombre quiere ponerle?

—Daniel.

Y se cumplió la voluntad de la heroica madre.

Los señores de Garfield estaban

confundidos, sobre todo él, que había comprendido de pronto lo cruel e injusto que había sido con Teresita. Mientras la insultaba, ella guardaba amorosamente a su nieto, con tal de que no se conociera la desgracia de un Garfield. Ahora era él que se sentía inferior a Teresita. Dura había sido la lección. No la olvidaría jamás. En cuanto a su hija, ¿cómo no había de perdonarla, si había comprendido que también a él le tenían que perdonar muchos errores?

Teresita se había marchado a lo largo de la nave en dirección a la puerta.

De pronto sintió que la cogían de un brazo.

Se volvió. Era Federico, Federico que suplicaba:

—Perdóname.

Y ella contestó:

—No tengo nada que perdonarte, Federico. Te amo. Eso es todo.

* * *

Las indagaciones de Federico ñaba a Ben el día del incidente que dieron sus frutos. El que acompañó la vida a Daniel, lo había con-

fesado todo a Federico y después lo contó ante las autoridades.

Y pasó algún tiempo.

Un día se vió que el barco del capitán volvía a surcar los mares. El capitán iba en el pequeño puente, dando las órdenes oportunas.

El timón lo llevaban entre Fede-

rico y Teresita, que todo lo hacían a medias, porque ni para trabajar querían separarse.

Eran ya marido y mujer.

Y parecía que aquel barco, desplegada su vela blanca, iba, viento en popa, hacia los maravillosos confines de la felicidad.

FIN

ACABAN DE REAPARECER

EL BESO

Creación de GRETA GARBO

— y —

En cada puerto un amor

Por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|----------------------------|----------------------------|---------------------------|
| La viuda alegre. | Las tres pasiones. | ¡Aleluya! | Deliciosa. |
| El gran desfile. | La melodía del amor. | La mujer que amamos. | Cielo ro ade. |
| Miguel Strogoff o el | Cristina, la Holandesita. | Al compás de ¾. | Acargo idilio. |
| Correo del Zar. | ¡Viva Madrid, que es mi | La princesa se enamora. | Honor entre amantes. |
| La princesa que supo | pueblo! | Amener de amor. | Para alcanzar la luna. |
| amar. | Sombras blancas. | El gran desfile (edición | El hombre que asesinó. |
| El coche número 12. | La copia andaluza. | popular). | ¡Rindase! |
| Sin familia. | Los cosacos. | Du Barry, mujer de | La calle. |
| Mare Nostrum. | Icaros. | pasión. | El prófugo. |
| Nantás, el hombre que se | El conde de Montecristo. | La viuda alegre (edición | Milicia de pas. |
| vendió. | La mujer ligera. | popular). | Amores de medianoche. |
| El fin de Montecarlo. | Virgenes modernas. | Ángeles del infierno. | Miguel Strogoff o el |
| Vida bohemia. | El pagano de Tahití. | Cuerpo y alma. | Correo del Zar (edición |
| Zará. | Estrellas dichosas. | El impostor. | popular). |
| ¡Adiós, juventud! | La senda del 98. | Esposa a medias. | La hermana San Sulpicio. |
| El judío errante. | Esto es el cielo. | Esclavas de la moda. | El demonio y la carne |
| La mujer desnuda. | Espejismos. | Petit Café. | (edición popular). |
| La tía Ramona. | Evangelina. | ¡ay que casar al príncipe. | La dama misteriosa. |
| Casanova. | Orquídeas salvajes. | Inspiración. | Los clavos de la Virgen. |
| Hotel Imperial. | El caballero. | El proceso de Mary | Pareja de baile. |
| Don Juan, el burlador | Egoísmo. | Dugan. | Alma libre. |
| de Sevilla. | La máscara del diablo. | En cada puerto un amor. | Al Capone (Pánico en |
| Noche nupcial. | El pan nuestro de cada | Marruecos. | Chicago). |
| El séptimo cielo. | día. | ¡Conoces a tu mujer? | Mi último amor. |
| Beau Geste. | Vieja hidalguía. | El millón. | Muchachas de uniforme. |
| Los vencedores del fuego. | Poseión. | La mujer X. | Marido y Mujer. |
| La mariposa de oro. | Tentación. | Gente alegre. | Mata-Hari. |
| Ben-Hur. | La pecadora. | Mar de fondo. | Congorilla (fuera de se- |
| El demonio y la carne. | El beso. | La llama sagrada. | rie). |
| La castellana del Líbano. | Ella se va a la guerra. | La ley del harén. | Carceleras. |
| La tierra de todos. | Los hijos de nadie. | La fruta amarga. | Erase una vez un vala. |
| Tripoli. | El pescador de perlas. | Vidas truncadas. | Hombres en mi vida. |
| El rey de reyes. | Santa Isabel de Ceres. | La fiera del mar. | Niebla. |
| La ciudad castigada. | Las dos huérfanas. | Tabú. | Rebeca. |
| Sangre y arena. | La canción de la estepa. | El pasado acusa. | Indeseable. |
| Aguilas triunfantes. | El precio de un beso. | Papá piernas largas. | Tarzan de los monos. |
| El sargento Malacava. | La rapsodia del recuerdo. | Trader Horn. | El terror del hampa. |
| El capitán Sorrell. | Delikatessen. | Un yanqui en la corte | La vuelta al mundo con |
| El jardín del edén. | Del mismo barro. | del rey Arturo. | Douglas Fairbanks. |
| La princesa mártir. | Estrellados. | El código penal. | Chica bien. |
| Ramona. | Cuatro de Infantería. | La pura verdad. | Recién casados. |
| Dos amantes. | Olimpia. | Maternidad, o el derecho | Champ (El campeón). |
| El príncipe estudiante. | Monsieur Sans-Gêne. | la vida (fuera de serie). | La zarpa del jaguar. |
| Anna Karenina. | Sombras de gloria. | Carbón (La tragedia de | Los amores de José Mo- |
| El destino de la carne. | Mamba. | la mina). | jica (fuera de serie). |
| La mujer divina. | Ladrón de amor. | Estudiantina. | El caballero de la noche. |
| Alas. | Molly (la gran parada). | Las peripecias de Skippy. | Arsène Lupin. |
| Cuatro hijos. | El valiente. | ¡Qué viudita! | La dama del 13. |
| El carnaval de Venecia. | ¡De frente... marchen! | El camino de la vida. | Amor en venta. |
| El ángel de la calle. | Prim. | Noches de Viena. | El pecado de Madeline |
| La última cita. | El presidio. | Mamá. | Claudet. |
| El enemigo. | Romance. | Eran trece. | La casa de los muertos. |
| Amantes. | El gran charco. | Cheri-Bibi. | Titanes del cielo. |
| Moulin Rouge. | Tempestad. | Bésame otra vez. | El Proceo Dreyfus. |
| La bailarina de la Opera. | El dios del mar. | Camarotes de lujo. | La vida de un gran as- |
| Ben Ali. | Anne Christie. | Los hilos de la calle. | tista. |
| Los cuatro diablos. | Sevilla de mis amores. | La divorciada. | El último varon sobre la |
| ¡Rie, pavo, ríe! | Horizontes nuevos. | Madame Satán. | Tierra |
| Volga, Volga. | Ben-Hur (edición popu- | ¡Cuándo te suicidas? | Fantomas. |
| La sinfonía patética. | lar). | Marianita. | Violetas imperiales |
| Un cierto muchacho. | La incorregible. | El carnet amarillo. | Soy un fugitivo. |
| ¡Nostalgia! | El malo. | Monstru a tu madre. | |
| La ruta de Singapore. | El pavo real. | Su última noche. | |
| La actriz. | Barlo los techos de París. | Las alegres chicas de | |
| Mister Wu. | Wu-H-Chang. | Viena. | |
| Renacer. | Montecarlo. | ¡Viva la libertad! | |
| El despertaz. | Camino del infierno. | Malvada. | |
| | ¡Mío serás! | El teniente del amor. | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

¡ACONTECIMIENTO VERDAD!

LA PELICULA DE LAS ESTRELLAS

GRETA GARBO, JOAN CRAWFORD,
JOHN BARRYMORE, LIONEL BARRY-
MORE, WALLACE BEERY, LEWIS
STONE y JEAN HERSHOLT, en

GRAND HOTEL

Crítica por el ingeniero

Alfonso Martinez Rizo

Biografía, con anécdotas, de los intér-
pretes - Argumento de la película - 16
interesantísimas fotografías en papel
couché, con las más destacadas escenas
de la película.

Precio popular: 1 peseta

Haga sus encargos en seguida, pues és-
tos se servirán por riguroso turno
de llegada.

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE LISTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE



EXITOS CINEMATOGRAFICOS LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elisa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPÁ POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.

Lujosa presentación. 8 interesan-
tes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos



NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)

por Edmund Lowe e Irene Ware

El dinero tiene alas

por Will Rogers, Dorothy Jordan,
etcétera

No quiero saber quién eres

por Liane Haid y
Gustav Froehlich

La mujer pintada

por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

¡Aló, París!

(QUIERAME USTED, TELEFONISTA)
por Josette Day y Wolfgang Klein

Inmejorable presentación. 8 inte-
resantes fotografías en papel
couché. Precio: **50** céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 30 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 220 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

E. B.

Precio: Una peseta